



Tipo de documento: Tesina de Grado de Ciencias de la Comunicación

Título del documento: Crónicas exóticas : crónicas de organizaciones no gubernamentales

Autores (en el caso de tesistas y directores):

Laura Verónica San José

Fernanda Aren, tutora

Datos de edición (fecha, editorial, lugar,

fecha de defensa para el caso de tesis): 2016

Documento disponible para su consulta y descarga en el Repositorio Digital Institucional de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
Para más información consulte: <http://repositorio.sociales.uba.ar/>

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 4.0 (CC BY 4.0 AR)



La imagen se puede sacar de aca: https://creativecommons.org/choose/?lang=es_AR





CRÓNICAS EXÓTICAS

Tesina de producción

Crónicas de organizaciones no
gubernamentales

Laura San José - 31.205.172 - Ciencias de la Comunicación

Índice

Prólogo	3
----------------	---

Crónicas

Salud remediable	6
------------------	---

Reunión de vuelo	14
------------------	----

El dato	22
---------	----

Tortita de cebada	25
-------------------	----

Mamá en línea	36
---------------	----

Bitácora

Introducción	48
---------------------	----

Acerca de la escritura	49
------------------------	----

Hablemos de crónica	66
---------------------	----

Última hoja	72
-------------	----

Bibliografía	73
--------------	----

Agradecimientos	76
------------------------	----

Prólogo

Vivo en la Zona Norte desde siempre. Y siempre me gustó. A diferencia de muchos, me quise quedar.

En este lugar crecí, estudié, anduve. Me enamoré y puse en práctica, como un juego, mi profesión. Hace nueve años que trabajo en el periodismo regional. Y tiene. Tiene mucho, hay de todo. Personas interesantes, vidas sacrificadas, espacios novedosos. Gente rara. Gente común. Y ONGs.

Porque sí, dicen que se vive bien. Pero también hay ONGs. Y de las más raras. Me llaman la atención esas que están por fuera, que nadie ve, que apenas se mencionan. Que son raras por su gente, por sus motivos, o por sus causas. Que, cuando las nombro, incluso por donde vivo, no las conocen pero se sonríen.

Una ONG que dona medicamentos. Una ONG presidida por una madre que lucha contra el *grooming*- ¿contra el qué?- contra el acoso sexual cibernético. Una ONG de un padre que lucha por los derechos de los padres. Otra de un chico que tiene la velocidad en los dedos incluso para querer encontrar gente que se pierde. Y la última, la colorida: una ONG de barriletes.

Descubrí que se podía hacer crónica con este trabajo final. Qué ironía: el último trabajo de esta larga carrera me dio una nueva y última forma de **mirar** el mundo.

Así que al revés de cómo lo cuentan todos, para mí la tesina fue un viaje hasta mí, hasta dar vuelta todas las medias, hasta que no quedó nada por preguntar y encontrar la respuesta aquí, en donde empecé con tantas preguntas. Respuestas que terminaban por definir que quiero hacer esto. Todos los días. Quiero escribir crónicas. Leer crónicas. Teorizar sobre crónicas. Investigar crónicas.

Dice Martín Caparrós sobre la crónica: “Es una mezcla, en proporciones tornadizas, de mirada y escritura. (...) Mirar es la búsqueda, la actitud consciente y voluntaria de tratar de aprehender lo que hay alrededor (y de aprender). Para el cronista, mirar con toda la fuerza posible es decisivo. Es decisivo adoptar la actitud del cazador.”(2007)

A partir de este trabajo ando cazando, todo el tiempo, en busca de la próxima crónica.

Porque es en la crónica donde se me mezcla todo lo que siempre me gustó de este viaje: la literatura, la cultura, la antropología, la etnografía, el periodismo, la escritura, la visión, el enfoque, el recorte, lo micro, lo invisible, lo delgado, sus vueltas, sus caminos, sus discursos, los nombres, las personas, las palabras.

Porque es en la crónica donde me siento a escribir tranquila, sin la presión del tiempo, sin sentir la cabeza dentro de una pecera. Es en la crónica donde el mundo no me apura.

Laura San José
15 de mayo de 2015



CRÓNICAS

"Un cronista tiene siempre esa posibilidad: donde escucha una voz, evidencia un carácter; donde siente un olor, presenta un gusto (...). Es un recaudador de minúsculas singularidades".

Julio Villanueva Char

Salud remediable

“Señor vecino: si usted no tiene cobertura médica o no puede comprar sus remedios porque el costo no se lo permite, puede acercarse a D.A.R. S. I”. Un cartel pegado en la puerta ya lo anuncia. A través del vidrio se la ve venir a Raquel Alculumbre, la presidenta de la entidad. Tiene puestos unos guantes de goma y sostiene un blíster de medicamentos en la mano izquierda, con la otra abre la puerta.

—Pasá rápido— me dice mirando para todos lados— Hoy es día de inventario y la gente se amontona igual. — Cierra con llave.

Raquel usa perlas pero nada- solo un poco de base y un leve delineado de ojos- de maquillaje. No usa anillos, no usa pulseras; solo se le ve, como único adorno, una bandita elástica que le aprieta la muñeca derecha. En el bolsillo de su chaqueta, varios marcadores y lápices asoman la cabeza como un racimo.

Hoy están cerrados por inventario. Tuvieron que hacerlo. Ya es jueves y desde el lunes están cerrados para poder clasificar la cantidad de medicamentos que la gente les trae: el que tuvo algún familiar enfermo que se sanó, el que tuvo algún familiar enfermo que no se sanó, los médicos del hospital. Afuera de la cocinita donde estamos sentadas todavía les quedan unas cuantas cajas llenas de medicamentos para abrir. La tarea consiste en ponerle fechas de vencimiento, dividirlos por drogas, nada de marcas. Es la droga lo que importa.

Hay algunos medicamentos que no entran en las donaciones y los compran. Son los de epilepsia, Alzheimer, respiratorios y psicofármacos.

Se manejan con un subsidio otorgado por la Municipalidad de San Isidro que les sirve para comprar este tipo de medicamentos y más: pagar el alquiler y los servicios. Además también le pagaron la tecnicatura a Susana, hoy la mano derecha de Raquel. Acá nadie cobra un sueldo.

— ¿Tienen algún subsidio de otro lado?

— No. Yo soy verticalista. Yo dependo de mi intendente. Trabajo para él— dice Raquel.

Raquel Alculumbre es la creadora e impulsora de esta iniciativa. Le presentó el proyecto al intendente Gustavo Posse y desde ese momento la municipalidad de San Isidro brinda un apoyo económico a través del decreto 1314/04. Así nace D.A.R. (Donación y Asistencia en Remedios) San Isidro.

La actividad comenzó en junio de 2003 en las instalaciones del Automóvil Club San Isidro, con solo tres voluntarias que aportaban su tiempo para atender. En marzo de 2007, se trasladaron a un local para uso exclusivo de D.A.R., primero a Rodríguez Peña 18, Martínez, y luego, en febrero de 2009, al domicilio actual, Av. Santa Fe 1278.

La fundación ocupa toda la esquina. Adentro, en la cocina, se sienta Raquel; arriba, en la planta alta, está su oficina y la de Susana – que sería una especie de vice- y computadoras. En el ala izquierda, un depósito de medicamentos que se comunica con una puerta donde está el depósito del depósito de medicamentos. En el ala derecha, el mostrador circular donde atienden a la gente y atrás de ese mostrador, atrás de los estantes con cajitas y tabletas y blíster y gotas y demás cosas, la cocina y Raquel que ofrece café. No, gracias.

Para atenderse la gente tiene que ser de San Isidro y no tener obra social. Esas son las condiciones.

Un panfleto con el logo de DAR en rojo y SI en negro, el logo de dos manos estrechándose y formando un corazón diseñado por su nieta, tiene en letra negrita un subtítulo que dice “requisitos”:

Receta de hospital o periférico.

Nombre del paciente y carnet del hospital.

Recibos de luz, gas, teléfono (para acreditar que vive en San Isidro).

Jubilados y pensionados: recibo de haber mínimo.

Si esto no se cumple el medicamento no se entrega.

Raquel saca de su bolsillo algo que a simple vista parece una birome rara. Pero no, es un cigarrillo electrónico, a batería, boquilla negra y en el medio un tubito transparente como los tubos de ensayo. Aspira y por la boca larga vapor. Si solo estuviera la imagen, si

el olfato no entrara en juego, podría pensarse que es un cigarrillo y que ella está largando humo dentro de una fundación de asistencia de medicamentos.

Raquel sabe de remedios, no porque haya estudiado bioquímica o una tecnicatura en farmacia- como sí hizo su mano derecha, Susana-, sino porque hace años que está al frente de DAR y porque su marido era médico, y ella trabajaba con él antes de que se muriera.

Susana, alta y rubia como es, entra a la cocina arrastrando una bolsa de consorcio negra y mira directamente a Raquel, que está sentada en la silla, erguida, hablando. Le hace caras, como queriéndole decir algo.

—Trajo...—y dice una droga que ni le entiendo lo que dice. Sonríe.

—Entonces tratala bien— le contesta Raquel, como cuando viene un buen cliente que deja, que garpa.

—Vino otra y dijo que trajo unos medicamentos caros.

—Todos dicen lo mismo— comenta Raquel y aspira vapor del falso cigarro.

—Después vino una y dijo con mala cara “¿Por qué no abrieron hoy?”, por inventario, le digo, “¿Y mañana no piensan abrir?”— arma la situación Susana cambiando y buscando las voces, las que hagan falta.

—Viste, te dije— me dice Raquel.

Susana se va y le pregunto a Raquel si saca medicamentos para ella, para uso personal.

—No. Nunca. Hace poco me operé del ojo y no saqué nada. No me da. Aparte yo no tomo medicación. Y tengo unos cuanto años.

Es el colmo: vive rodeada de medicamentos y no toma ninguno.

—Yo siempre digo: esto es lo que la vida me devuelve por hacer lo que hago.

Los que más salen son los remedios psiquiátricos. Tranquilizantes. Ansiolíticos. Llegan y vuelan, está diciendo Raquel sentada en una de las sillas de la cocina, aspirando, exhalando. Vapor.

—Uno no tiene idea de la cantidad de gente que toma remedios para tranquilizarse. No es fácil tratar con gente enferma porque te exigen el remedio. Muchos nos putean por

no tenerlo. “Usted me lo tiene que dar”, dicen. Si no lo tengo no lo puedo dar, no es una obligación, es una ayuda lo que damos.

— ¿Te cuentan la enfermedad que tienen?

—Eso es permanente. Yo cuando atiendo no les digo “cómo estás”, les digo “hola”.

El “cómo estás” es invitarlo a que cuenten.

Susana entra otra vez.

—Disculpen que interrumpa— dice molesta.

—Podés venir a charlar— le dice Raquel riéndose.

—Dejá que termine de trabajar— le pide y sigue— vino...

— ¿Quién, la pesada?— la corta Raquel.

—Sí...

Y ríen.

—¿Qué vamos a comer?—pregunta Susana cambiando de tema.

—No sé.

—No vino Juli.

—Juli es la que cocina— me dice Raquel— acá cada uno tiene una tarea.

—Pido unos sándwiches de miga. Si no, no vamos a terminar.

—Sí, comamos de parado— dice Raquel y vuelve a aspirar vapor.

El ala izquierda es el depósito de medicamentos. Está lleno de estantes y sobre los estantes, cajas azules con etiquetas blancas impresas en computadora pegadas al frente:

“Azitromicina 500gm. Vto 7-15 11-15 8-15”

“Bisoprolol 5mg Vto 8-18”

Otro cartel impreso con tinta negra dice “tanto los blíster como las cajas deben estar escritas con marcador no con birome por favor. Gracias”. De ahí tantos marcadores en los bolsillos.

Otras cajas en el piso tienen ataditos de comprimidos, escrito con fibra negra, cuántos hay y su respectiva fecha de vencimiento. Todos con una bandita elástica. De ahí tantas banditas.

Hay tres góndolas llenas hasta el piso, con cuatro estantes cada una.

Hay andadores y bastones que se prestan.

Pañales.

Una caja con anteojos de gente que muere; sirve el armazón.

Fajas.

Hay estantes de cremas en cajas. Las cremas y los jarabes no se reciben abiertos.

Las tapitas de los jarabes vencidos se donan al Garrahan.

Los estantes están divididos en: vitaminas, anticonceptivos, medicamentos para la presión.

En las góndolas los remedios están organizados por la inicial de la droga.

Cuando les llegan las bolsas llenas de medicamentos, es como la alegría de un chico en navidad.

—Los remedios oncológicos... traen ampollas de veinte mil pesos para donar.

El problema de lo que traen es que a veces está pasada la fecha.

—Traen mucho remedio vencido. Y eso no lo podemos entregar.

Es lo primero que miran. La fecha. Los vencidos los ponen en bolsas rojas y los llevan a “descartes” en Boulogne, ahí los queman: una hoguera de droga.

Muy al principio de los once años que ya están funcionando no miraban dentro de las cajas de medicamentos. Confiaban. Hasta que vino alguien a decirles que había estado tomando la medicación equivocada, que la caja decía una droga y adentro había otra. A partir de ahí no dejan caja sin abrir y blíster sin mirar.

Uno por uno son revisados los medicamentos. Primero que no estén abiertos. Segundo, la fecha de vencimiento. Si pasan esos dos ítems, ya están casi adentro.

Raquel toma una caja y la pone sobre una de las grandes mesas de caballetes que hay en el depósito. La mesa está llena de medicamentos desparramados, tijeras, lupa, alcohol en gel, fibras, banditas.

Saca un frasco y dice:

—Esto venció en mayo del 2013. Esto es carísimo. No sé dónde lo tienen— y sacude el frasco haciendo que las pastillas hagan ese ruidito a cascabel. Valcote 250.

Pocos muebles entran en el lugar. Uno de ellos tiene dos estantes con un cartel que dice “reducir”. Reducir es “clasificar” y eso quedó como lugar simbólico, como el recuerdo

de que en algún momento lo que la gente donaba entraba en esos dos estantes. En el piso, al lado, antes de pasar a la parte del mostrador y donde la gente entrará buscando su droga, hay siete cajas llenas, trabajo que todavía les quedó de la semana.

Un florero hecho con papel adorna el mostrador de entrada. Los ficheros están debajo del mostrador para que a nadie se le ocurra agarrarlos y revolverlos como ya les pasó. Susana, detrás, ordena las fichas.

—¿Qué son?

—Los pacientes. Para que no vengan dos veces en el mes a buscar la misma cosa— dice sin levantar la vista de lo que está haciendo y sigue pasando fichas. Tiene puesta una pulsera con soles, lunas y ojos azules del mal de ojo; un collar artesanal; un anillo con las letras SB que sobresalen del metal.

Todavía siguen cerrados por inventario.

Tocan la puerta. Susana se acerca.

—Está cerrado por inventario— le dice al hombre que está detrás del vidrio.

—Tengo turno con la asistente social.

—¿Cómo es su nombre?

—Oscar.

Susana vuelve y busca la ficha como la secretaria de un dentista. La asistente social se acerca y mira su agenda. Por fin le abren.

La asistente social está para corroborar que las personas no mientan. Que si le dicen que no tenían obra social, que no la tengan. Ella sí cobra un sueldo, es la única.

Raquel dice:

—Vos sospechás. Por la forma de vestirse, por cómo camina, por el coche en el que viene. Eso me molesta. Que me mientan.

La asistente se va con Oscar a un cuartito de vidrio a tener su entrevista.

Están necesitando voluntarios, pero no puede trabajar cualquiera. Hay mucha gente que le dice a Raquel “no sé qué hacer en mi casa, quiero venir”. Esos no le sirven, necesita alguien que sepa algo de medicamentos.

—Muchos me dicen, yo quiero venir acá y estar en el trato con el público, ¿entonces qué?, vienen a hacer sociales. Acá no se hacen sociales- dice Raquel que anda dando vueltas. Va de la cocina al mostrador. Del mostrador al depósito. Sube. Baja con cajas. Verlas trabajar es como estar dentro de la fábrica de Willy Wonka.

Sobre el mostrador hay una caja de acrílico donde se vuelcan las colaboraciones. Hasta dos medicamentos, veinte pesos. Psicofármacos, treinta. Pero no todos dejan, algunos tiran dos pesos, otros les dicen que si los medicamentos les salen 500 pesos, entonces les dejan 60. Y la cuenta se compensa.

—Yo soy de la idea de que algo tiene que costar, porque es la dignidad lo que están poniendo— dice Raquel.

Sobre el mostrador hay una caja de Laxamin (laxante) que tiene escrito con letra grande, en imprenta, temblorosa, de alguien que alguna vez lo usó y ahora está siendo donado: “2 a la tarde. 1 a la mañana”.

Hoy atenderán al público. Las cajas y los medicamentos ya están ordenados.

Entro y el salón está vacío. Sale Susana de adentro y cuando me ve dice “Ah...Laura”, con cara de decepción.

—¿Qué necesitas?

Le digo que solo vengo a estar un rato y sin decir nada pega la vuelta y se va.

Silencio. Un brutal silencio y remedios.

Entra una señora con una riñonera negra cruzada por arriba de la panza, de donde sale un cable que se conecta con los auriculares que lleva puestos.

Me mira. Saca un número, lo mira, mira el último número que está pinchado, tira el que acaba de sacar y se sienta.

Raquel sale del fondo, coqueta como siempre, con un pañuelo violeta al cuello. Me saluda y dice:

—¿Señora?— mirando a la mujer de la riñonera.

Ella saca una pila de papeles. Raquel los mira con determinación.

—¿Trajo el recibo de domicilio?

— ¡Ah! ¡Me olvidé!— dice la mujer agarrándose la cara y, en una expresión espontánea, se empieza a poner colorada – sabía que algo me olvidaba— suelta.

— Se lo pidieron el 10 de febrero y se lo volvieron a pedir en marzo— dice Raquel.

—Sí, ya sé, el jueves se lo traigo— dice la mujer mientras saca los veinte pesos de la colaboración.

Raquel va a buscar las cajitas adentro, vuelve. Las pone en un canasto rojo y se las pasa a otra mujer.

La señora de la riñonera se sienta a esperar.

La mujer llama

—¿Sánchez?— y mira el salón casi vacío, como si hubiera alguien más. La mujer se acerca.

—Documento y firma, por favor— le indica con el dedo.

La señora hace lo que le piden y se va con sus cajitas de remedios.

Otra vez silencio. Un brutal silencio y remedios.

Reunión de vuelo

Vélez Sarsfield 4417, Munro. Busco un taller de construcción de barriletes, busco alguna puerta de bronce oxidado que resalte entre los negocios del centro comercial. Pero nada. En Vélez Sarsfield 4417 hay un negocio de ropa de mujer, con maniqués que visten calzas y remeras.

Entro.

—Hola, estoy buscando un taller de construcción de barriletes. ¿Es acá?

—Sí— dice el muchacho detrás del mostrador y cuando se baja de la banqueta en donde está sentado es mucho más bajo de lo que aparenta. Camina hasta un perchero horizontal, lo corre y aparece una puerta, tan clara que se camufla con la pared, un pasadizo secreto al mundo fantástico de los barriletes.

Comienzo a andar, subo los escalones uno a uno mientras escucho cómo la puerta se cierra detrás y empieza a abrirse en el aire un murmullo, risitas, algunas palabras se deslizan, pero no llego a entender; otras quedan escondidas detrás de la vibración de la charla que suena a lo lejos. Y yo que había pensado que no encontraría nada, o que si encontraba iban a ser unos niños molestos con ganas de dormir poco un sábado a la mañana.

Sobre ese suelo de cemento, se abre a la vista un taller de costura: percheros con ropa colgada en hileras, unos estantes de madera encastrados en la pared guardando más ropa del local de abajo y algunos moldes de papel manteca exhibiéndose como banderines, colgando de los estantes. Debajo un gran tablón de madera con máquinas de coser, telas de colores, reglas y escuadras de madera. Al lado, detrás de los percheros, al lado del tablón: el murmullo.

Veinte personas, todos adultos, alrededor de una mesa, una más chica, compartiendo el almuerzo. El tiempo detenido, unas gaseosas destapadas, varias cajas de pizzas, algunas ya vacías y el ruido de los autos y colectivos que circulan abajo, en la calle, en el mundo adulto, que ni se siente. Eso hará que el día se vaya resbalando minuto a minuto sin que nadie lo perciba, sin que nadie se dé cuenta. Así juegan los chicos y alguna vez lo hicieron los grandes.

Están todos charlando entre sí y cuando me acerco solo los de la comisión directiva se arriman a contarme qué es Batoco. Batoco es una organización- una ONG- de barriletes. BaToCo: Barriletes a Toda Costa. Así se llaman o así se hacen llamar.

Como toda cosa importante, esta ONG tiene una comisión directiva: Roberto Casarello es el presidente- de ahora en adelante, “El Presi”- Gustavo Sonsogui, el vice, y Matías Diez, el tesorero. Claro, se necesita a alguien que corra a los socios para pedirles la cuota del mes. Matías anda con un chaleco polar verde, cobrando. Cuando lo hace dice “perdoname, te tengo que cobrar”.

El Presi me ofrece un pedazo de pizza y aunque tengo hambre porque es la hora de almorzar paso la invitación.

Desde el fondo alguien mira fijo con dos ojos azul agua, mastica la pizza, y vuelve a mirar y de a poco empieza a acercarse, medio tímido, igual a un chico desconfiado que primero mide lo ajeno con delicadeza. Es Diego; él no es de la comisión, viene de Azul a este encuentro de construcción de barriletes que se realiza solo dos o tres veces por año. Acá se juntan todos: de Mar del Plata, de Bariloche, Capital, Gran Buenos Aires. Los de Buenos Aires alojan a los que vienen de otros lados. Es grandote como un oso y uno de los más simpáticos.

—Batoco llega a Azul porque fue invitado por la municipalidad para hacer talleres- dice Diego— Yo trabajo con chicos privados de su libertad y cuando me enteré que estaban, fui a aprender la técnica para poder enseñárselas a mis chicos. Desde ese día hasta acá no dejé de hacer un barrilete.

Mientras Diego habla, una voz suena como un tango. Es la voz de un hombre que está fuera de la entrevista y se divierte acotando algo a la historia que uno de sus compañeros está narrando. Pero su voz se filtra y sé que no le interesa que yo esté ahí, no le importa la fama.

Me vuelven a ofrecer pizza y vuelvo a decir que no. Ninguno come con decoro: los quesos se chorrean, el aceite brilla en las bocas que se secan con servilletas que no absorben, que solo corren el aceite de un lado a otro para terminar en todos lados. Los dedos, y de los dedos a la ropa, o a otra servilleta o a las telas de los barriletes cuando se pongan a armarlos, tal vez.

Una mujer de pelo corto y canoso, vestida con un conjunto de ropa deportiva, se me acerca por detrás diciendo que ella es la primera dama, la esposa del presidente de Batoco. Y lo dice con pompa.

—A nosotras no nos dejaban hacer barriletes cuando éramos chicas— cuenta- eso era cosa de hombres...

Mientras todos la miran, la Primera Dama dice que los barriletes la ayudaron a superar una enfermedad. Que hacer, construir, buscar técnicas, fueron su pasatiempo mientras el cáncer se le iba del cuerpo, de a poco, con la quietud del pensamiento pero moviendo las manos, cosiendo y cosiendo barriletes. La voz tanguera sigue volando por encima de las demás voces.

—Todos le debemos algo a Batoco, porque todos los que estamos acá tenemos algún mambo— dice la Primera Dama y se echa a reír.

No hay muchas mujeres pero entre ellas está – además de la Primera Dama- Leila, que es costurera en serio, y Mabel. Mabel mira con ojos asustados, dos grandes ojos, verdes y siempre aguados.

Mabel vuela barriletes. No todos lo hacen, ella sí, es piloto de lo que hace. Se contactó tímidamente con Batoco y les contó que ella ya tenía algunos hechos, pintados a mano. Quien le habló le dijo: “Venga al río, señora, acá va a ver muchos barriletes volando”.

Es algo similar a una escena de la película “Río”, la del pajarito azul, criado en la gran ciudad, que se siente distinto hasta que llega al Amazonas y se encuentra con un montón de pájaros azules desplegando sus alas, iguales a él. A Mabel le habrá pasado lo mismo cuando vio en el cielo un montón de barriletes; habrá abierto ese par de ojos verdes, sorprendida, mirando cómo un montón de gente no le temía a lo que pensara el resto. Mabel, por fin, se sintió acompañada. Por eso dice: “A mí los barriletes me salvaron la vida”.

— ¿Qué significa volar?— le pregunto al grupo.

—Yo siento que mi alma vuela junto al barrilete sintiendo el viento- contesta Mabel, primera—. Amo volar.

—A mí me da mucha emoción- dice Diego, abrazando a Mabel que empezó a lagrimear—. Me lleva de vuelta a lo que había perdido, la capacidad de jugar.

Diego tiene su propia máquina de coser. Algunos se armaron un taller en su casa. Están, además, los que arman barriletes en la cocina con la paciencia de la esposa esperando el espacio para cocinar.

Mabel se corre del brazo de Diego para ir hasta su cartera. Saca algo que llama un barrilete de emergencia. A simple vista es un portadocumentos de viaje, esos que se ponen adentro de los pantalones. Pero no. Dentro de esa bolsa que ella misma cosió hay un barrilete de tela finita, chiquito, de un hilo, para cuando le agarran unas ganas irrefrenables de volar en plena calle.

— ¿Por qué los barriletes?— suelto al aire.

La voz tanguera dice, por primera vez, dice:

—Desde chiquito me gustaron los barriletes, con mi papá siempre hacíamos algunos y un día vine al Tigre y conocí a Batoco y arranqué otra vez...— y no puede seguir porque tiene la garganta cargada de emoción.

—Te emociona...

— ¡Y claro! Porque esto te tira para atrás. Te acordás cuando sos chico, cuando lo hacías con tu papá, con tus primos...

La voz es Oscar. Tiene voz de locutor, de cantante de tangos, de trabajador de radio, de hombre de cafetines y ha venido desde Mar del Plata.

— ¿Por qué los barriletes?— vuelvo a repetir.

—Porque soy un niño— dice Oscar.

—Porque soy feliz volando— se la juega “El Presi”.

Y un chico- el único chico que hay en el taller- me mira desafiante y me dice: “¿Por qué no?”

Matías, el contador, el que pide permiso para cobrar como si estuviera haciendo algo malo, sigue cobrando con amabilidad. Ya han dejado la pizza y se han puesto a trabajar alrededor de la larga mesa de madera con sus máquinas de coser y los *kits* que les entrega Batoco, con un instructivo de cómo hacer el modelo- cintas, telas, refuerzo, tapones y todo lo que necesitan- para que esa tarde se vayan con el barrilete terminado.

Algunos despliegan los trozos de tela azul eléctrico sobre la mesa de trabajo y de fondo ya se empieza a escuchar el repiqueteo de las máquinas de coser. Sus agujas se mueven subiendo y bajando, comiendo tela, enredando el hilo en los hilos, para que se quede todo junto. Otros miden apoyando las escuadras sobre la tela: rayan, suman y vuelven a rayar con lápiz la línea por la cual luego deslizarán el filo de la tijera.

Pero eso no importa, me dice Diego. Antes él venía de Azul con las ganas de llevarse el barrilete terminado, y ahora cree que lo más importante es charlar, compartir con el grupo. Pero igual es uno de los primeros en sentarse a trabajar.

Se me acerca Mabel, que se viene retocando el pañuelo con flores que lleva puesto al cuello. Es una mujer hermosa y en alguna época habrá roto varios corazones. Parece frágil. Cuando cuenta que vuela barriletes nadie le cree; por eso empezó a llevar en la cartera un álbum de fotos que saca delante de todo descreído. Me lo muestra, pasa las fotos mientras las explica.

—Este proyecto lo hicimos todos juntos en el 2008. Se llamó “Pulpos en la niebla” y consistía en elevar 25 barriletes de pulpos todos juntos. Eso fue para un 9 de Julio.

“El Presi”, un tipo alto y delgado, con anteojos y sonrisa de abuelo, se acerca de golpe trayendo en la mano un celular con el video en donde aparece danzando. Es en una cancha de básquet, en un lugar cerrado, para una demostración en la modalidad *Indoor*. Suena de fondo una zamba dentro del video y se lo ve al Presi caminando hacia atrás, con pasos medidos, mientras por delante un barrilete liviano, de no más de 120 gramos, toma vuelo, sin viento, solo con el movimiento de su piloto que si para, se cae. Mabel y “el Presi” son los dos que no están trabajando en su barrilete, todo el resto está ocupado.

Me cuentan que existen distintos tipos de barriletes: de un hilo, de cuatro hilos, con distintas clases de comando. Cuanto más hilos más movimiento. Es lo mismo que una marioneta, cuanto más hilos más movimiento.

Existen también diferentes técnicas, calados, parches, colores, barriletes inflables, con apliques. Diego – el de Azul- no hace más que escuchar esa palabra y salir corriendo a buscar uno que tiene hecho para ponerlo de ejemplo. Es de cuatro hilos. Empieza a desplegar sobre la mesa un bollo de tela roja y blanca. A medida que la abre va apareciendo la cara de su perra Osa en el centro, estampada. Con el barrilete extendido en su totalidad, lo que se ve, además de la tela abierta en la mesa, es a alguien que le pasa la mano para

estirlarla, para que se vea bien el diseño, y ese mismo mira al frente con una sonrisa genuina en su boca, los ojos encendidos en dos chispas, feliz. Un niño. Un hombre padre de tres hijos que se divierte como uno.

No se callan las máquinas de coser y sobre esa sinfonía el Vice que dice:

— ¡Jóvenes, estamos de festejo!

Y una torta con velitas, una “Chocotorta”, pasa encendida. Algunos ya arrancan a cantar mientras ponen la torta frente a la Primera Dama. Todos se van ubicando alrededor de la mesa y el ambiente queda suspendido en ese canto, en ese rincón original, el del murmullo. Las máquinas descansan, las telas reposan pero el aire sigue encendido. La Primera Dama sopla, sopla con fuerza y dice: “Otra vez”. Y todos vuelven a cantarle el feliz cumpleaños.

Diego ya está de nuevo sentado en su máquina de coser, antes de que la torta se empiece a cortar. “Rombo tres D” es el modelo de barrilete que les toca hacer para hoy. Él se trae su propia caja de herramientas, la máquina de coser, algún bizcochuelo y el mate.

—Laura, vení. Ponete en clima— me llama Oscar desde la silla frente a la de Diego. Está con la computadora abierta y una cámara de fotos colgando, porque él es el fotógrafo del grupo. Me hace señas con la mano, le digo que termino la vuelta a la mesa y voy.

Leila- la tercera mujer- tiene puesto un vestido negro que contrasta con su pelo lacio colorado. Es la costurera, es la que, por eso, tiene los trabajos más prolijos, la que hace diferentes bolsas de tela para identificar los diferentes barriletes que hay dentro y la que asiste al que está desorientado con la *overlock*.

Oscar vuelve a insistir – ¡Vení a ver esto!- Cuando vaya me va a mostrar un video de su nieta volando en *Indoor*; junto a Clarita, la hija de Diego, vuelan juntas.

Leila despliega la tela azul eléctrica, le pone un triángulo de cartón- el molde- por encima y corta. Luego une con la máquina, después pone el ribete negro prolijito para que resalte; lo último, las varillas. No. Lo último, verlo flamear. Pero para eso hay que esperar hasta que sea domingo.

Estoy en la reunión de vuelo con el viento sacudiendo a mis espaldas. Sopla en el río. A lo lejos, en una punta de la costanera, lo más importante que se ve en el cielo es un caballo marrón que parece correr en el aire, y un tiburón violeta que nada. Son los barriletes de Batoco.

Empiezo a caminar hacia ellos, con el punto de referencia claro, y escucho algo parecido a un pájaro planear sobre mi cabeza: un barrilete negro y amarillo en forma de ala delta zigzaguea sobre mí. Siguiendo la pista del hilo veo a un hombre con anteojos oscuros y gorra que lo comanda.

El viento cambia, el barrilete con forma de ala delta se detiene en el aire, sostiene la dirección que llevaba, inmóvil, y se empaca. El hombre tironea de los hilos, el barrilete resiste hasta que cae al suelo, rendido. Lo veo caer, de punta, me da pena su trompa de avioneta herida. El dueño tira de los hilos y el barrilete se arrastra hasta él.

En el piso, agrupados, están los bolsos donde la gente de Batoco transporta los barriletes, incluso algunos fueron fabricados por ellos mismos.

Por ahí anda Diego, de Azul, en remera aunque haga frío. Está junto a otro hombre estaqueando barriletes. Los dejan unidos a su hilo, este a su riel y el riel clavado en el piso para que no se vayan a andar solos. Eso les da la posibilidad de mostrar más barriletes y poder charlar entre ellos.

Cuando me acerco al grupo me comentan que “el Presi” no fue, y la Primera Dama tampoco, por las ñañas. Que Mabel está en un cumpleaños, y Oscar, el de la voz de tango, fue temprano y se volvió. El único que queda de los que conozco es Diego.

El tiburón pasa volando todo el tiempo sobre mi cabeza, será porque el viento de esta mañana es sudoeste, no viene del río, limpito, airoso, no. Viene de la ciudad y produce turbulencias dentro de los barriletes, sacudiéndolos, golpeando las telas contra la nada. El tiburón se me acerca varias veces, pero en la única oportunidad que grito es cuando me agarra desprevenida y me asusta con sus dientes por delante en una sonrisa macabra, horrible.

A ese tiburón lo sacaron del personaje de un dibujito animado, es el “tiburón Tiburcio”. Cuando lo llevaron a Francia le copiaron el diseño, y ahora esta acá, en el río, tapándome el sol.

Me voy mirando el cielo hacia atrás, viendo cómo los barriletes caen desinflados sobre el pasto hasta que vuelva a soplar el viento y los hinche de vida, dándoles vuelo otra vez.

El dato

Tres meses preparándose pero igual estaba nervioso. Tenía que meter todo lo que sabía en seis minutos. Qué intento hacer, pensaba Santiago Aranguri.

Ya estaba parado al inicio de los escalones que lo habilitaban a subir al escenario de TEDxORTArg. “Tedx”, de las charlas más famosas del mundo. “Ort”, por su escuela técnica. Y “Arg”, por el país en donde él quiere sembrar su ayuda.

Cuando Santiago subió al escenario lo primero que dijo para captar la atención de su público fue:

—Imagínense que no reconocen a nada ni a nadie de los que tienen a su alrededor— y una vez que soltó esa frase se le fue la presión, como si el globo de aire que tenía en el estómago se desinflara y continuó:

—A la gente que quieren no la pueden encontrar. Tampoco tienen forma de comunicarse.

Siguió hablando con doscientos ojos puestos en él, mirándolo fijo -ir y venir, gesticular y sonreír- en el escenario. Eso sin contar los dos mil ojos que lo veían por *streaming*. Debía ser uno de los oradores más jóvenes, con solo quince años.

— Que piden auxilio y nadie les responde – insistió Santiago—. Imagínense que están perdidos.

Pudo ser un mediodía, en un restaurant cualquiera, comiendo algo sabroso; o no, con sus padres. Pudo ser un mediodía cualquiera, pero no lo fue.

Diego, el papá de Santiago, tragó su bocado y dijo:

—Una persona se pierde por día— y luego se metió otro pedazo.

El dato a Santiago le cerró la garganta y le abrió una pregunta “¿a dónde van?”.

Es un agujero negro que se abre a los pies del que se desencuentra, del que se entera que alguien se perdió.

Según un informe elaborado por el Ministerio Público Fiscal, en el país existen 6.040 casos de niñas, niños, adolescentes y personas adultas que son buscadas. De esas

6.040 personas buscadas, 3.231 son niñas, adolescentes y mujeres adultas y 2.801 son niños, adolescentes y varones adultos.

¿Qué hace tanta gente perdida? ¿Irán, acaso, arrimándose como atraídos por un imán en alguna parte? ¿O circulan sin sentido, con los ojos buscando un rostro conocido?

El padre de Santiago, con el desgano que generan las causas perdidas, lo desafió a que hiciera algo, que buscara una solución.

Con la idea de que en 24 horas una persona- que puede ser cualquiera- se pierde y nadie la encuentra, Santiago empezó a indagar en lo que sabía, en lo que sí se sentía seguro: la programación.

A los ocho años jugaba a los jueguitos en la computadora. Hoy los chicos vienen así. A los once ya estaba programando, sin ayuda de nadie, con videotutoriales- videos que están en YouTube al alcance de cualquiera, que enseñan a hacer de todo, una especie de MacGyver virtual. Así que cuando el dato lo trastornó a sus catorce años, ya sabía qué haría: una aplicación para celular, que ayudara a buscar a las personas que se extravián sin sentido.

Arrancó con una lista bien sencilla.

Nombre: Enrico Mario Ferrucci

Fecha: 2014-09-21

Lugar: Hospital Cabred

Descripción: tiene 30 años y está bajo tratamiento médico

Imagen: foto

Y al final de esa lista horizontal, un botón verde que decía APORTAR DATOS.

Sería un *cliché* decir que el botón es verde por el verde del color esperanza. Pero, tal vez, Santiago pensó en quien espera que ese botón verde se apriete para recibir un dato alentador de búsqueda, que se apriete varias veces así son más los datos, y que la información lo lleve hasta la persona que busca.

La recopilación de datos y la sistematización de las búsquedas a nivel nacional son precarias. El informe elaborado por el Ministerio Público Fiscal indica: “no existe regulación alguna, ni siquiera para las primeras acciones que deben desplegarse frente a una desaparición”. Señala, además, que la falta de información específica de las personas buscadas es uno de los principales problemas de los investigadores policiales y judiciales:

hay casos en donde ni siquiera se conocen los números de documento de la persona buscada.

Por eso Santiago estuvo todo el verano trabajando en la plataforma www.extraviodepersonas.com.ar. Algo que él por su cuenta, solito, creó. El sol afuera en la calle picaba y él se quedaba a la sombra del comedor de su casa en Munro, junto a la inmensa pecera que lo adorna, viendo cómo los peces de distintos colores y tamaños ondulan entre las aguas frescas de ese manantial artificial. Pero luego volvía su vista a la computadora y seguía programando- haciendo y deshaciendo, probando, usando la lógica- y cuando ya tuvo la plataforma terminada se juntó con la ONG Personas Perdidas para ofrecérsela. Una vez reunidos con ellos les contó y les mostró la aplicación. Para su sorpresa desde la ONG le indicaron que eso solo era una lista más de las que ya había, que había que pegarle una vuelta, tal vez intentar perfeccionar su trabajo y lograr que todo se conecte con todo para que empiece a aparecer la gente.

La computadora está sobre una mesa de vidrio en el medio del living. Con un monitor grande y una silla cómoda y el celular que es una nave, Santigao Aranguri está manejando el *mouse* con la velocidad de fórmula uno mientras habla de cómo está quedando la nueva página, que está en pleno trabajo y que le va a llevar unos meses lanzarla.

La idea de la ONG había sido clara: pasar de un simple listado de personas perdidas a un sistema de reporte por localización que pueda incluso funcionar desde dispositivos móviles.

Santiago pasa la página que todavía no está colgada en la web. Sonríe. Siempre está sonriendo. Tiene unos granitos que pueden pasar por lunares.

—Lo que hice fue crear una red de usuarios para conectarlos entre sí— dice. Con simpleza y humildad, con el temple de los grandes— Cuando alguien se pierde los familiares y amigos de las personas, y los testigos, pueden aportar datos para encontrarlos.

En el monitor se ven dos carteles: uno dice “perdido” y el otro, “encontrado”.

Si se hace *click* en “Perdido”, aparece una pantalla que muestra unos casilleros a llenar: ¿nombre?, ¿apellido?, ¿sobrenombre?, ¿edad aproximada?, ¿características físicas?, ¿lugar y fecha donde se perdió?, ¿vestimenta?, ¿marcas identificadoras? Adjuntar una foto.

El cartel que dice “encontrado” lleva a un registro de personas encontradas donde cualquiera puede dejar datos sobre alguien que vio perdido o desorientado en la calle. Y aunque no se crea, sí hay gente que se encuentra.

¿Cómo? Una forma es esta aplicación que se descarga al celular y cuando una persona se extravía, arranca el despliegue de rayos tecnológicos alertando a los celulares de que hay alguien perdido. Lo mejor es un programa de geolocalización que permite que el usuario que está en la misma zona que quien se perdió pueda aportar datos en el mismo momento en que es cargado el caso. El tiempo, cuando se trata de encontrar a alguien, es como la arena del reloj: escurridizo.

—Mientras más gente se descargue el programa más fácil se puede encontrar a la persona. Porque todo está integrado a las redes sociales—dice Santiago sin sobresaltarse—. Lo mejor del mundo es que se haga un caso viral. Así, más personas están enteradas de que hay alguien perdido.

Para él sí existe un final feliz. Santiago sonrío y deja ver esos dientes en punta que le salen de la boca, mientras como buen orador mueve las manos con las palmas hacia arriba, convenciendo, y cierra:

—Así la persona perdida puede volver con su familia. Y ahí termina el proceso.

Es un apasionado de la informática, un entusiasta de los problemas matemáticos y un activo participante de las olimpiadas matemáticas nacionales e internacionales. Pese a su edad ya cuenta con varias medallas: este año fue Oro en el Certamen Nacional de Programación.

—Veo que en la calle hay mil carteles de perros perdidos y ninguno de personas perdidas — dice— Eso no tiene mucho sentido.

No se calla, no se queda quieto: entra en acción con la herramienta que mejor maneja, el código de la computadora. Porque para él programar es como crear un nuevo mundo y en ese mundo que crea la gente tiene que ser encontrada.

Tortita de cebada

En el colectivo una chica habla fuerte por celular.

— ¿Querés ver a la nena? Vas a tener que pagar.

Puede tratarse de un secuestro; pienso que ella puede ser la secuestradora, pero sería demasiado obvio: todos –tal vez no todos- la denunciaríamos.

Pero no es una secuestradora: es una madre hablándole al padre de su hija.

Quedamos en encontramos en un Starbucks.

La chica con gorra detrás del mostrador le pregunta, “¿nombre?”, y lo anota en el vaso con fibra gruesa y bien visible, “José”.

José Bouza es el presidente de Apadeshi, una asociación sin fines de lucro.

Apadeshi tiene veintiséis años; la hija de José, treinta.

Apadeshi significa “asociación de padres alejados de sus hijos”: A-P-A-DE-S-HI.
Apadeshi.

Es que cuando José se divorció, pasaron muchos años hasta que volvió a estar con su hija. Durante todo ese tiempo no se dedicó a esperar que la justicia resolviera sino que creó Apadeshi y ahí aparecieron muchos casos más.

Se nota que este hombre no está acostumbrado a la idea del café autoservicio. Se sienta con una bandeja, un vaso de plástico con soda hasta la mitad, el pocillo de café chorreado y una cucharita también de plástico que él gira dentro de la taza sin demasiadas ganas. La mira marearse en el líquido, levanta la vista del pocillo y arranca:

—Antes no había derechos para los progenitores que se quedaban sin sus hijos – dice— muy similar a esta época, pero con un agravante: tampoco había leyes que respaldaran.

Caso uno: la nena tiene diez años, cursa el segundo grado en una escuela del Estado. La madre no deja que el padre se le acerque, ni que la vea, ni que sepa nada. Él encuentra la forma: se infiltra como un desconocido en los recreos del colegio, así comparten unos minutos de charla, de hija te quiero, por favor cuidate, de papá te quiere no lo olvides. Un día la madre se lleva a la nena a vivir a Bahía Blanca. Y el padre le pierde el rastro. No la ve más.

Existe un documental.

Lo bajaron del cine, está en Internet.

“Borrando a papá” en YouTube

El productor del film es Gabriel Balanovsky, y en algún momento le dijo al diario La Nación que la película pone en evidencia "la industria de denuncias que aparecen después del divorcio y donde la palabra de una mujer siempre vale más que la del hombre".

El productor lo vivió en carne propia: estuvo 14 meses preso en 2002 y fue absuelto en 2008 por el Juzgado Nacional Correccional N° 2, Secretaría N° 58, después de ser acusado por su ex mujer de secuestrar a su hija, que acaba de cumplir 18 años, y a la que aún no puede visitar.

Balanovsky buscó con la película visibilizar su situación. Así, en 2006 conoció a la cineasta Ginger Gentile, que vivió toda su infancia sin ninguna presencia paterna. Pero el film provocó el rechazo de la ONG Salud Activa por fomentar "la violencia y el abuso sexual de menores", según dijeron en varias notas, en varios medios. A Salud Activa se sumaron otras ONGs, entre ellas, el Comité Argentino de Seguimiento y Aplicación de la Convención Internacional sobre los Derechos del Niño. Y la película se bajó del cine.

El documental fue realizado por dos mujeres. Una de ellas, Sandra Fernández Ferrera, ya había dicho en varias notas que hay una mirada sesgada hacia el hombre apenas ingresa al juzgado; es muy diferente a la que existe sobre la mujer. Es él el primer sospechoso.

El propio INCAA frenó la exhibición del documental bajo la presión de un lobby feminista de ONGs y funcionarias y legisladoras, desde la izquierda hasta el macrismo.

Finalmente se habilitaron dos salas, una en Constitución y otra en la provincia de Jujuy, como para disimular la censura. Pero un juez bloqueó la proyección por completo.

Hoy “Borrando a papá” ya fue vista por 30.000 personas en YouTube.

Pongo “play” y arranca el documental. En la pantalla de la computadora se ve que van apareciendo cuadritos con caras de padres que dicen: “Veo a mi hija cada 21 días”; “veo a mi hijo 10 minutos por semana”; “dos horas los fines de semana en una plaza”; “veo a mi hija cada tres meses”; “solo cuando la madre quiere”.

Los regímenes de visita son como un paquete turístico: cuanto más se paga, más paseos se tienen.

En otro momento del film, aparecen cuadros con caras de papás que dicen hace cuánto no ven a sus hijos. Ahí aparece José y dice “dos años”.

Su ex mujer se llevó a Andrea, su hija.

—El período que no la vi -- dijo aquella tarde en Starbucks - seguí cumpliendo el régimen de visita. Iba al lugar, en la hora pactada, me quedaba el tiempo que habíamos dicho y me iba.

— ¿Por qué?

—Porque si la justicia no respetaba lo que había ordenado, yo, sí.

José volvió a formar pareja y Andrea - cuando fue más grande y pudo decidir- se fue a vivir con él.

Caso dos: un hombre alquila una cabaña para ir en las vacaciones de invierno con su hijo; su ex mujer lo autoriza. Programan actividades, arreglan para ir a aprender a esquiar, ya está todo pago. Son felices. Hasta que su ex mujer se entera de que también va la novia, y le dice que el chico se queda en Buenos Aires.

José suspira. Hace pausas largas. Traga. Tiene la piel blanca como el azúcar. Lleva una camisa beige que lo hace ver aún más blanco. Parece, sentado en la sillita de metal, un

oso polar al que se le está derritiendo el hielo por debajo de las patas. José habla y habla y le suena una resignación de fondo.

—Antes no existían las denuncias falsas. Hoy, más allá de la desidia judicial, existe el ensuciar todo el panorama jurídico con eso.

En el documental aparecen varias voces especializadas, una de ellas Glenda Cryan, psicóloga e investigadora del Conicet, dice que “muchas veces el impedir el contacto con el progenitor tiene que ver con cierto odio hacia la otra persona o también con la necesidad de perjudicarlo”.

José tiene su propia teoría: que lo hacen para que el “viejo padre” no ensucie la foto de la nueva familia, aquella que incluye una pareja nueva y más hijos.

—Lo más sano para el chico es que ninguna de las partes se dedique a lastimar al otro – dice José con la mirada baja—sino que entre los dos se dediquen a criar a su hijo.

Revuelve un café que ya está frío, por el aire acondicionado, por la charla. Ahora habla de leyes. José de eso sabe, entiende bastante.

Cuenta con orgullo las leyes que se han aprobado e impulsado desde Apadeshi: entre los logros está la elaboración del proyecto que dio origen a la sanción de la Ley 24.270 – una ley penal que sanciona el impedimento de contacto de los hijos menores con sus padres -votada en 1993, por unanimidad.

— A esta ley le dieron bola porque había varios diputados que habían pasado por eso. Hoy los legisladores varones no se arriesgan, — suelta— tienen temor. Les incendian la butaca.

Las contestaciones que recibió de los legisladores en estos últimos años fueron: “si lo saco, mi mujer me mata, José” y ríen, todos ríen.

Pero eso, a él, no le causa gracia.

Caso tres: un hombre tiene dos hijas rubias, de madre uruguaya. Ella dice que si él se va, se mata. Él se va. Ella dice que si él vuelve a formar pareja, ella se lleva a las hijas. Él vuelve a formar pareja. Ella le dice que no volverá a ver a sus hijas. Él no las vuelve a ver.

Javier Moral, abogado penalista, aparece en la pantalla del documental y propone excusas para cuando el padre va a ver al chico. La madre puede decir: “está muy cansado”; “no se siente bien hoy”; “está enfermo”.

A esto se le puede sumar lo que dice María Laura Santos, abogada civil: “si viene papá, no vas a jugar con la *play*”; “si vas a ver a papá o lo atendés por teléfono, no vas a la plaza ni a los cumpleaños”. O el testimonio de un hombre que cuando era joven lo vivió como hijo: “mi madre me ha enseñado a odiar a mi papá, a cortarle las llamadas de teléfono, a tratarlo mal en público”.

—Y, si no, tenés directamente que lo acusen a los padres de maltrato físico, abuso, violaciones— dice José.

Pero eso ya es otro tema. El más complejo. Porque hay muchas denuncias que sí, pero hay algunas que no. Y entonces, qué hacer, cómo saber.

Liliana Hendel, psicóloga y columnista en televisión, afirma en el documental: “Es difícil que una mujer invente que le pegaban. Creo que los varones mienten”, y sonrío para terminar.

¿Todos los hombres mienten? ¿Todos los hombres del mundo entero mienten?
¿Todas las mujeres dicen la verdad? ¿Todas?

Juan Carlos Dietze, abogado penalista, especialista en familia, cree que “es fundamental recuperar el principio de igualdad ante la ley que implica no prejuzgar y no buscar explicaciones según el sexo que tengan”.

Pero cuando se demuestra que la denuncia no es cierta, todo sigue igual que siempre. La justicia no sanciona a la madre que dio falso testimonio. Es más. Solo es necesario que la denuncia la haga una mujer. Y listo. No por la fuerza del relato, o por la comprobación de los hechos, o por el contenido verídico. Listo, por el género.

—A los 32 mil casos que se presentaron en la oficina de violencia doméstica, en ninguno de los casos los jueces han extraído testimonio para investigar el falso testimonio de los hechos— dice Analía Monferrer, Directora de la Oficina de Violencia Doméstica, en la película “Borrando a papá”.

Caso cuatro: el padre va a buscar a sus hijos a la puerta del colegio. Los chicos salen y enseguida, de algún lugar que no estaba a la vista, sale la madre. Los agarra y empieza a caminar. Los nenes lloran y dicen que quieren ir con él. La madre dice que no. El padre le muestra una orden firmada por el juez. Ella vuelve a decir que no, que se aleje, que los chicos lloran por su culpa, que así no, que ¿no ves lo que les hacés? Los chicos lloran, sí; mientras dicen quiero ir con papá; los chicos lloran. La madre vuelve a decir no, seco, corto, rotundo.

— ¿Por qué no?- continúa el padre.

—Porque no quiero.

— ¿Por qué no?

—Porque digo yo que no- termina la madre.

El caso de Yura.

El caso de Yura está dentro del documental “Borrando a papá” y presenta algo que los demás casos no: un audio, una prueba. Es de la Oficina de Violencia Doméstica, la oficina que recibe la denuncia de las mujeres maltratadas.

Ahí él se presentó a ofrecer su versión después de que su ex mujer lo denunciara por violencia.

La mujer que lo atiende- es mujer pero también trabajan algunos hombres- le pregunta si él está listo para que le hagan ciertas preguntas, que van a ser en un tono algo incómodo. Cuando él le dice que sí, ella le argumenta que va a estar complicado porque hay mucha demora. Cuando él le dice que es una mentirosa, ella le contesta en tono de confesión:

-Van a hacerle un informe donde diga que a pesar de que es usted el que viene a hacer su relato, que no es creíble su relato, y que es la señora la que está en situación de riesgo porque usted miente. Se lo digo en castellano, así, doméstico.

— O sea me va a decir que estoy mintiendo...

— Sí, lo más probable es que sí. Porque como acá vino ella a hacer la denuncia y como ella es mujer, se le cree a ella.

— Pero ¿es la práctica común? ¿Eso es legal?

—No, pero es la práctica común.

Yura es extranjero residente en la Argentina, por eso no entiende nada.

Caso cinco: un hombre es denunciado por su ex mujer. Ella dice que él es violento y la justicia le exige al hombre que abandone el hogar. Tiempo después, en la casa donde quedaron la mujer y el niño, los vecinos empiezan a escuchar gritos, filman. Se ve cómo la madre le pega, se escuchan los gritos, se siente el dolor. Indigna el maltrato. El chico termina en un hogar de tránsito, solo.

—El amor paterno es igual que el amor materno— dice José.

El divorcio de José fue complicado: se separó de su mujer porque ella tenía problemas mentales. La mujer quedó internada y luego se escapó y se llevó a su hija de dos años. Pero más allá de estos detalles la justicia creyó que lo mejor era que la tenencia siguiera siendo de ella.

Por eso José se reunió con su tío para formar Apadeshi. El tío le dijo que se llamara “Asociación Andrea”, - por su hija, por el nombre de ella- y él le contestó que no era una lucha por su hija sino por todos los hijos.

Recién doce años después de que la madre se la llevara, la nena, sentadita en una gran butaca, le expresó al juez su deseo: “Quiero vivir con mi papá”.

Atrás de José, en el mostrador de Starbucks, prenden una licuadora para hacer un *frapuccino*. Aunque le pongan una caja de acrílico para evitar el ruido, la voz de José no se escucha, está débil.

—El problema ha ido creciendo, es el fanatismo de género- suelta.

Me cuenta que esto se ha vuelto una lucha que pasó de padres que quieren ver a sus hijos a una guerra descarnada y destripada de género, donde intervienen jueces, fiscales, abogados, padres y madres. Y lo peor: niños.

A José lo han querido sacar de la autopista con el auto dos veces, ha recibido amenazas, ha sido golpeado por otras mujeres. En internet hay un titular colgado, tiene fecha del 26 de agosto del 2013, es un portal de noticias políticas que dice: “Repudian la participación de José María Bouza, fundador de APADESHI, en la I Jornada Nacional de Salud y DDHH, mesa redonda ‘Infancia y DDHH’ ”.

En Facebook aparece: “Quienes abajo firman, organizaciones, profesionales, personas involucradas en la defensa de los derechos humanos y los derechos de la niñez garantizados por nuestra Constitución Nacional y la ley Nacional 26.061 repudiamos vehementemente la participación de José Bouza fundador de APADESHI y de otras organizaciones similares en la ACTIVIDAD I JORNADA NACIONAL DE SALUD Y DDHH, MESA REDONDA ‘Infancia y DDHH’ ”.

Continúa: “Por todo lo expuesto solicitamos respetuosamente a la organización que ni este individuo, José Bouza, ni sus organizaciones ni su tema ‘alienación parental’ formen parte de ninguna mesa ni de ningún debate dentro de ningún Congreso y/o Jornada que se realice en la República Argentina”.

Ningún debate.

El “síndrome de alienación parental” es un término defendido desde Apadeshi, que el profesor de psiquiatría Richard Gardner utilizó en 1985 para referirse a lo que él describe como un desorden psicopatológico en el cual un niño, de forma permanente, denigra e insulta sin justificación alguna a uno de sus progenitores. Sin embargo, dentro de la comunidad académica, el síndrome de alienación parental (SAP) carece de consenso científico.

José ya se terminó el café y tiene ganas de pedir otro pero no lo hará, intentará de todas formas evadir el tedio del autoservicio.

—Nunca contestamos agresiones que vengan de sectores del fanatismo de género. Esta época no es el mejor momento. Ya no se lucha contra un juzgado, contra las leyes. Se lucha contra ideologías perversas que están sustentadas económicamente, como lo es la ideología de género – dice—. Existen dos visiones: el machismo y el feminismo, dos

visiones retrógradas. Pero el machismo va en retroceso y el feminismo más violento va en avance ocupando cargos que le hace sojuzgar y presionar.

Culpa a una angina mal curada, pero su voz sigue estando cascada. Sus palabras le rozan la carne al salir, se nota que le aprieta la garganta. A pesar de todo, hace el esfuerzo.

—Son combates desiguales: es como un boxeador peso pesado en un ring con uno peso mosca.

— ¿Ustedes cuáles son?

— El peso mosca.

Caso seis: un padre denuncia a la madre de su hijo por maltrato. Lo hace una y otra vez. Pero no alcanza. Su hijo igual recibe un palazo en la cabeza por parte de la madre. Eso le produce un severo traumatismo de cráneo y termina en el hospital. Los médicos también denuncian. Pero no alcanza. Al nene lo vuelven a llevar con su mamá, aunque en terapia intensiva el nene no pare de decir mamá es mala, quiero ir con papá. Pero tampoco alcanza. Nada alcanza.

En el documental aparecen psicólogos, abogados penales y de familia, jueces, y José. Después de una hora de filmación José cuenta lo que hizo durante todos estos años desde Apadeshi; cuenta también que esto no es lo que era antes, que la situación cambió. Con los mismos ojos azules, con la misma impronta vencida con la que está, ahora, sentado en este café contando que no sabe qué va a suceder con la asociación, que va a seguir, va a seguir, se convence.

Antes Apadeshi tenía un local. Tal vez por eso imaginé las reuniones de la asociación parecidas a un grupo de autoayuda: con sillas de plástico, algún salón frío y café. Pero no, nada de eso. Hace dos meses que Apadeshi no tiene un sitio fijo y se maneja mediante encuentros en confiterías para orientar a los padres que no ven a sus hijos. También contestan mails.

Apadeshi nunca tuvo subvenciones económicas de ningún tipo. Ni internacionales, ni nacionales. Sí las tienen otras fundaciones: las de mujeres.

—Ninguna institución que tenga alguna arista en defensa del varón las tiene— sale a aclarar José.

Antes en Apadeshi trabajaban muchas personas; hoy son pocas. Antes llegaban a otras provincias; hoy solo están en Buenos Aires. Antes daban charlas y conferencias en los medios de televisión; hoy ya no.

Su hija Andrea lo acompañaba hasta que a los 19 años quedó embarazada. Tuvo una nena y luego se separó.

—Lo que más me satisface es que defendió el vínculo de la nena con el padre— exclama José, con esos ojos azules como un manantial que se llenan de agua, pensando seguro que para algo sirvió el esfuerzo.

Caso siete: la mamá de cuarenta y un años vive con su hijo de seis. La mamá de más de cincuenta kilos vive con su hijo de 18 kilos, en un country de la localidad bonaerense de San Vicente.

En el country la mamá toma unas sogas y las cuelga despacito, sintiendo cómo se deslizan, y le dice a su hijo que lo va a matar.

El padre denuncia, pero la denuncia no llega, o se traba, o se pierde.

Veinte días después, es martes. La mamá llena el *jacuzzi* de su casa y pone dentro a su hijo de seis años. La mamá llena el *jacuzzi* y utilizando su fuerza, su peso, y su locura, ahoga a su hijo. El chico intenta defenderse.

A la mañana siguiente la madre llama al vigilador del country Lagos de San Eliseo y le dice que su hijo está muerto.

En las paredes del baño hay graffitis insultantes hacia el padre del chico, y otro hacia su hija, pidiéndole que en la vida sea "independiente".

Ya esposada y acompañada por dos policías, la mujer dice a través de la ventanilla del patrullero: "Lo maté para cagar al padre".

Las palabras de la mujer fueron: "Sí, lo maté para cagar al padre".

Mamá en línea

Roxana Domínguez se fue a México, a buscar al acosador de su hija. Fue a que le explicara por qué lo hacía.

Llegó hasta la puerta de su casa, tocó su timbre y abrió una mujer.

Roxana ya lo sabía, se enteró cuando estaba arriba del avión: no era hombre, era mujer.

Eso la fortaleció: se le fue el miedo y le vino la bronca. Iba a ser una lucha mucho más pareja.

Roxana se sentó en el comedor de la casa a tomar algo con la familia. La mujer ya la esperaba, habían estado chateando hacía meses. Hasta ahí nada. Un mantel de plástico, tal vez, alguna cumbia sonando en el fondo, las trenzas de las dos hijas, el delantal de maestra jardinera que la mujer se ponía todas las mañanas para ir a trabajar. Soltera, treinta y cuatro años, padres separados, enferma mental, psicópata. Nada.

“¿La mato con mis manos o la denuncio?”, pensó Roxana mientras se tomaba el refresco servido.

La mato con mis manos, se decidió.

Las flechas del teclado permiten moverse, el *chat* es el *chat*, y algún “control” o “shift” más otra letra o número y el jueguito gana más movimientos. Ayelén estaba en eso: había llegado del colegio, arrojó la mochila al piso, se sentó sin sacarse el uniforme y se preparó para iniciar sesión. Hacía poco su mamá había comprado la computadora y la habían puesto cerca de la mesa del comedor, con una silla, formando un escritorio para toda la familia. El comedor funcionaba como centro de la casa: para tomar mate, para reuniones o cumpleaños; y la computadora quedaba relegada a un papel secundario en un rincón.

Roxana Domínguez, la mamá de Ayelén, no tenía muchos conocimientos de internet- aunque después se volvería una experta- y mientras su hija jugaba pensaba “está en casa”. Roxana era mecánica dental, se había armado un pequeño taller, en el fondo, cerca de la cocina. Por eso el tiempo y la distribución del espacio le permitían pasar cada

tanto y ofrecerle un mate a su hija que reía frente a la pantalla, con las piernas cruzadas bajo la cola, y a veces ni la escuchaba. Ayelén se enajenaba con los botones del teclado, con los juegos, pasaba tal vez cuatro o cinco horas frente al monitor, y cuando Roxana la retaba ella le decía: “es que el tiempo se pasa volando en Internet, ma”.

— ¿Qué hacés a estas horas?- dijo Roxana frotándose los ojos del sueño.

—Mis amigos de otras partes del mundo tienen otros horarios— respondió Ayelén desde la silla de la computadora—; estamos jugando.

(Pero la obligaban.)

Afuera estaba empezando a aclarar y Ayelén en dos horas tenía que vestirse para ir al colegio. Ese día se fue muerta de sueño, y le siguieron muchos más.

Jugaba un juego de rol: tenía un personaje y debía ponerle su esencia, prestarle su personalidad para que interactuara con los demás. Eso, eso de ser ella misma en el mundo virtual, le complicó la respuesta cuando le pidieron que subiera una foto con poca ropa, y no se animó a decir que no. La foto no tenía mucha connotación sexual, pero fue más el daño que causó por el lazo, por el vínculo, por la amistad que se había creado con la persona que esperaba la imagen del otro lado de la pantalla.

Así, durante la noche estaba conectada. (Le exigían sentarse a la computadora de noche.) Y durante el día, una sonámbula. Arrastraba los pies por el piso, produciendo un susurro molesto para los demás. Sentía su cuerpo cansado, los párpados le pesaban en los ojos. Perdió el interés por lo que decía la maestra, su humor estaba agitado. Contestaba mal, iba con los nervios encrespados para todos lados y andaba lenta e imprecisa.

Pero no era solo la falta de sueño sino su cambio de humor. Roxana la empezó a llevar a la psicóloga y le canceló la computadora. (Le decían que papá y mamá eran malos, que no la dejaban crecer.)

—Mamá, ayudame- le dijo un día — necesito salir de esto.

Le contó que la acosaban por Internet y no la dejaban en paz. Roxana nunca imaginó que un extraño se le pudiera colar por la computadora en el comedor de su casa, a modo de humo, tomando distintas formas: una plataforma virtual, un juego de rol. Humo.

El teléfono sonaba en cualquier momento del día, pero las llamadas más aterradoras eran las que ocurrían a la madrugada. En el identificador aparecían número largos, extranjeros. Cuando Roxana atendía, a veces, del otro lado, era la voz de una mujer; y otras, la de un hombre que se hacía pasar por un amigo pidiendo que Ayelén se conectara a la computadora.

Las primeras veces que atendió, Roxana cortó el llamado casi instintivamente. Después empezó a amenazarlos ella: que te tengo localizado y te voy a hacer una denuncia. Después, con el tiempo, se cansaron de llamar, menos uno.

Era la característica de Chile. Roxana decidió devolverle la llamada y del otro lado atendió una mujer haciéndose pasar por la madre del chico que tanto llamaba. Ella creyó desde ese momento que eso no era un juego, que era algo más grande, que se trataba de un trabajo en red, con personas preparadas para abordarlos.

¿Cuánta información podían haber obtenido en una simple charla de *chat*?

Se sentían observadas, ultrajadas por una presencia desconocida en un ámbito privado, tibio, familiar.

—Tengo miedo de que me la levanten a la salida del colegio— le dijo Roxana a su marido.

—Vayámonos de acá- sugirió él.

Se fueron a vivir a Junín sin nada de tecnología: ni celulares, ni computadoras. Nada. Se aislaron para no ser encontradas por la sombra. Allí hicieron huertas durante un año y medio y después, volvieron.

Ayelén, entonces, le contó a la madre todo, en un tono suave, sin omitir detalle. Era de tarde, corrió la silla de la computadora, se sentó cómoda, tomó el *mouse* y empezó: le mostró todas las páginas en las que había estado, todas las direcciones de internet por donde había caminado; le mostró sus roles, los *chats*, las fotos; le explicó los juegos y cómo se juegan. La tarde pasaba en la ventana, la madre se paró, calentó más agua, la volcó en el termo y siguieron ahí, mirando de frente a un monstruo sin consistencia, preparándose.

La nena creó una cuenta y su madre empezó a jugar. Se puso un *nickname*, contestó las preguntas, llenó las solicitudes y se puso a rolear. Hablaba con uno y con otro, chateaba

con todos, hasta que lo encontró. El acosador de su hija estaba ahí. Lo rastreó, oliendo sus huellas como un sabueso hasta dar en la puerta de su casa; entonces supo que no era argentino, sino mexicano.

Cuatro meses le llevó dar con él. Se tomó un avión y se fue a México: a buscarla. Era mujer.

Le hizo el mismo juego que ella a su hija, la llevó con palabras de amor al mismo terreno: el de la confianza. La acosadora se enamoró de Roxana, perdidamente. La invitó a su casa, a que se conocieran, sin saber nada. Roxana sintió que por primera vez la tenía entre sus manos para hacer lo que ella quisiera.

Quiso, así, demostrarle a su hija que del otro lado de la pantalla había una persona común y corriente, de carne y hueso, un monstruo de tamaño real, nada de humos, nada de sombras.

Ya en su casa primero le dijo quién era. Ahí la mujer se puso de rodillas mientras lloraba pidiendo que por favor no, que no la denunciara, que no la lastimara. A Roxana la invadió la tristeza. Los grises de esa vida se le pegaron al cuerpo como la humedad en la pared. La mujer, llorando, le decía que era lesbiana, que en la vida real no podía hacer nada, que por eso la identidad falsa, así podía tener un mundo aunque fuera de mentira, por favor, no.

La mujer mexicana quedó bajo tratamiento psiquiátrico. Roxana estuvo presente durante la primera sesión y después de corroborar con sus ojos el avance del tratamiento, se volvió a la Argentina el 5 de diciembre de 2012.

De todas formas, con el tiempo, lo último que supo de ella fue que estaba nuevamente navegando en Internet.

— ¿Roxana?

—Sí, Roxana Domínguez— dice pitando un cigarrillo—. Yo soy la presidenta.

Habíamos quedado en encontrarnos pero sin habernos visto nunca la cara. Roxana tiene el pelo largo caoba y un flequillo parejo que le cae sobre la frente, como me había descripto por teléfono. Estamos sentadas afuera, en una mesa plástica, en un café de Munro.

Siendo pleno invierno, ninguna de las dos nos sacamos el abrigo. Roxana es grandota, es una de esas mamás que abrazan y dan ganas de quedarse un rato en ese lugar cálido y mullido y protegido del mundo.

“Mamá en línea” es una ONG que se encarga de combatir el abuso cibernético, el *grooming*. Roxana es la presidenta fundadora. También hay mamás participando desde distintos puntos del país: Santa Fe, Tucumán, el Norte. En Río Negro está Rosa, la única que pudo llevar el *grooming* a juicio.

“*Grooming*” en español significa acicalar. Y se refiere a las conductas y acciones realizadas por un adulto con el objetivo de, primero, ganarse la amistad de un menor de edad. Segundo, crear una conexión emocional; tercero, disminuir las inhibiciones del niño; poder abusar sexualmente de él, cuarto y final.

En inglés, para diferenciarlo del significado original - acicalado de animales- se suelen utilizar los términos “*child grooming*” o “*internet grooming*”.

La palabra “*grooming*” se vincula con el verbo “*groom*”, que alude a conductas de “acercamiento o preparación para un fin determinado”.

Quiero un café. Veo a la moza que pasa y pregunta con una seña pero cuando ve el grabador se aleja sin decir nada ni tomar ningún pedido.

Roxana, en un principio, arrancó sola, pero se dio cuenta, en poco tiempo de que del otro lado del monitor había muchos, y salió a pedir ayuda. Así, se sumaron madres que habían pasado por lo mismo y un chico especialista en sistemas. Este chico, Alejandro, sufrió de joven acoso cibernético. Él fue quien les dio todas las herramientas para volverse expertas en Internet.

—Es tan difícil rescatar a tu hija de un mundo que no tiene sustancia- dice Roxana, y hace el gesto con la mano, en círculo- que das vueltas y vueltas y solo te encontrás con dos cables.

Me cuenta que hace algunos años alquilaron un departamento sobre Avenida Mitre, en Munro, donde tenían: seis computadoras- una era la central, donde recibían todo tipos de fotografías y cinco más que funcionaban en red; una heladera; un sillón para hacer alguna

siesta después de haber estado chateando toda la noche con algún acosador; café, mucho; cigarros, varios, y algunas galletitas.

— ¿Cómo te das cuenta de que estás hablando con un acosador?

—Hay modalidades en el abordaje del chat que son casi de libro. Siempre tienen una palabra positiva, nunca hay nada que baje la autoestima del menor, lo empoderan haciéndolo sentir que todo lo que hacen es correcto. Se transforman en su mejor amigo, en su confidente y esa es la mejor forma de empezar una relación: idealización y enamoramiento.

El *grooming* comprende todas aquellas conductas ejecutadas "*on line*" por pedófilos- los *groomers*- para ganar la confianza de los menores o adolescentes. Estas son: utilizar una identidad usurpada, fingir "buena onda", empatía, identidad de intereses o contener emocionalmente con la finalidad de concretar un abuso sexual.

Roxana, por todo esto, tenía creadas más de cien cuentas falsas y hablaba con mucha gente hasta que dio con el acosador de su hija. Todo el equipo de "Mamá en línea" charlaba con él. Todo el día y toda la noche.

—Hacíamos turnos y cada una tenía sus cuentas. Así que nos imprimíamos las conversaciones y teníamos la hoja al lado mientras estábamos chateando con ella. Para saber el hilo de la conversación. Para saber lo que se había dicho el día anterior.

— ¿De qué hablaban?

—De todo.

Estaban contenidas por psicólogos para poder entender cómo llegan a los números de las cuentas bancarias, cómo las vacían, cómo existe un mercado de venta de bebés.

—Para entender— dice Roxana mientras fuma— entender cómo te levantan a los pibes.

Para poder explicar, para poder contarles a los Diputados lo que estaba pasando, ellas necesitaban dar con los acosadores de sus hijas. Necesitaban primero entender ellas.

Rosa, que no está en la charla de cuerpo físico pero Roxana la cuenta todo el tiempo, había descubierto quién era el acosador de su hija: pisaban el mismo suelo, era el hijo de su jefe, en el pueblo donde vivía.

Se lo llevó a juicio, no por *grooming* sino por exhibiciones obscenas. Le dijeron que no se podía penalizar la intención de acoso.

—¡Decime qué intención tiene una persona que se sienta desnudo a chatear con menores!- grita Roxana indignada todavía- ¡¿Tenía calor?!

Roxana está embroncada. Este tema le toca de cerca, como si pasara una flecha caliente por al lado, prendida fuego, como van las injusticias.

—Porque todavía tenemos un país donde están vulnerados los derechos de nuestros hijos. A pesar de toda la modernidad que tenemos. Pero a Pedro Fadelli, el acosador de la hija de Rosa, se lo trató como a Jesucristo y a la nena de Rosa, como a una prostituta— dice Roxana —; el tipo asume que se dedicaba al *grooming* en nuestro país porque no estaba penalizado por la ley.

Tenían la prueba, la captación de la cámara- ¡el video!- del hombre sentado desnudo en la silla de su computadora, masturbándose. Él le había pedido cámara y la chica aceptó sin saber.

—Porque accedés mediante un *click* a la persona que después te va a acosar— explica ella—; entonces te convertís en parte del juego.

Hay un enamoramiento virtual primero; después, las chicas acceden, como dice Roxana, con tan solo un *click*.

Hay que sacar la ley, le dijo a Rosa, porque Costa Rica la tiene, México está en la segunda cámara peleando el delito de *grooming*. Y en nuestro país, un vacío legal.

—En el 2013 viene un año electoral, tenemos que aprovechar— le volvió a insistir a Rosa.

Porque era Rosa la que había pasado por un juicio severo con el acosador de su hija. Para eso estudiaron el Código Penal, la Constitución, el Tratado de Costa Rica, el Tratado de Budapest, la Convención de los Derechos del Niño.

—De esa forma queríamos encarar la lucha. Así, capacitadas— dice Roxana, con el cigarrillo en la mano—. Nos dieron la ley pero no escucharon el tema. No entendieron de qué se trata.

Esa es la versión de Roxana. Otra versión dice que la ley fue impulsada desde la ONG Argentina Cibersegura y diferentes organizaciones a partir de una fuerte campaña de recolección de firmas. Lo cierto es que quedó incorporada al Código Penal. La Ley 26.904 viene para empezar algo. El artículo 131 dice que es delito que un adulto contacte a un menor a través de cualquier medio de telecomunicación, y se lo castiga con una pena de seis meses a cuatro años de prisión.

En la actualidad, países como Reino Unido, Alemania, Australia, Canadá, Costa Rica, Estados Unidos y España ya han penado el *grooming*. Chile sacó la ley en 2010 para catalogar al *grooming* como delito. Le siguió Perú. Brasil tiene campaña hace rato. Paraguay, Bolivia, Venezuela no tienen leyes aún pero el tema está caliente.

— La sociedad no estaba preparada para esta era digital que nos tiraron por la cabeza. Nadie nos dio las reglas del juego — Roxana Domínguez habla sin sentir el frío—. Yo quiero que la justicia esté acorde con esta era digital.

El sol ha bajado y ya empieza a sentirse el frío de estar quietas en la mesa de este bar, en la vereda. Y la moza no volverá a aparecer.

Me meto en un locutorio, en la localidad vecina de donde vivo. Me da temor que rastreen mi Pc. Entro. Pido una compu y la señora me da la que está pegada a la puerta, donde todo el mundo puede ver mi pantalla. Le pregunto si no tiene otra, me dice que sí, la que está justo al lado de su escritorio. Parece que supiera lo que voy a hacer.

Pongo en Internet Habbo Hotel. “Es un edificio virtual donde los jóvenes pueden relajarse, jugar y conocer nuevos amigos. Se trata de un juego en comunidad, donde todos los protagonistas que participan son personas reales que controlan su 'alter ego' electrónico desde algún lugar del mundo. Habbo es la Comunidad más movida de la Red”, dice en la página del juego. En Habbo Hotel hay habitaciones y camas dobles.

—Y ahí ya frenamos— me había dicho Roxana en el café—. Es un juego para niños a partir de los ocho años, entonces ¿qué hace una sala con cama matrimonial? Vos tenés interactuando 110 países, 95.000 usuarios. ¿Cómo filtrás? ¿Cómo detectás a los acosadores?

Un botón amarillo tiente: “Únete aquí”. Lo aprieto y llego a una plantilla donde tengo que completar mis datos personales.

Miento.

Nombre: Mariana Paulos

Sexo: Mujer

Fecha de nacimiento: 14 de abril del 2000

Todo es mentira, salvo por el género. Es fácil mentir en la red.

Luego de crear la cuenta falsa, la activo y empiezo. Elijo el estilo de mi muñequita: le pongo pelo rubio, un pañuelo en la cabeza, la cara que más le queda (una de ojos grandes y saltones), una pollera con volados, unos zapatos naranjas, y aprieto “estoy lista”.

Paso siguiente: elegir la sala. Puede ser:

-“Hogar reluciente hogar”: una cama, una silla y el placard lleno de ropa.

-“Ático penumbra”: dos asientos como de mimbre enganchados en el techo, una canasta de frutas.

-“Sala soleada”: una barra de bar con dos banquetas, y de regalo una lámpara burbujeante.

Elijo la cama.

Ya en mi habitación, aparece un muñequito rubio diciendo que su nombre es Frank y que está para servirme, es el botones del hotel.

Hay un acceso al costado de la pantalla que llama mi atención; hago *click* y enseguida se despliega un manual de seguridad con las siguientes indicaciones:

-Protege tu información personal; nunca se sabe con certeza con quién estás hablando.

- No cedas a la presión de los demás; si no te sientes cómodo, no lo hagas.

-Nunca quedes con gente que solo conoces por Internet. No siempre son quienes dicen ser.

Cierro el folleto y pongo a mi muñequito a bailar. Ya estoy adentro.

Hace una hora que estoy en el locutorio caminando por Habbo Hotel. De repente, en el juego, entro a una sala que parece el jardín del Edén. Hay una cascada, plantas, baldosones, bancos y varios escenarios para compartir de a dos.

De la entrada hacia la izquierda, una carpa de camping cerrada; al lado, una mesa con dos sillas y sobre la mesa, dos copas y una botella de vino.

Hacia la derecha, una cascada con dos reposeras de lona y en el medio una mesita con una botella de champagne dentro de una frapera.

En el sector donde hay más pasto, en el piso, han puesto dos almohadones, y sobre el mantel a cuadros de picnic, queso, uvas, vino.

Un muñequito rubio pasa corriendo y le dice a uno morocho “vení, mi amor, vení, yo soy gay”.

“Alex” es el rubio, el gay.

“Vikingo” es el morocho, el que le contesta: “No me van los p u t o s”. Alguien me dijo que “putos” está escrito entre espacios para que no detecten la puteada.

Siguen moviéndose en la pantalla hasta que aparecen al lado de mi muñequita, que está sentada en un banco, cerca de los almohadones, los quesos y el vino.

Empiezan a hablarme:

Alex: Hola

Vikingo: ¿De dónde sos?

No contesto. Me mandan solicitudes de amistad, no las acepto. Entonces me llegan dos carteles que dicen “Alex le da sus respetos”; “Vikingo le da sus respetos”.

En la mesita de camping que está al lado de la carpa, Jorge habla con Love.

Love: No me ha dicho nada bonito y somos novios.

Jorge: Te quiero mucho.

Love: Eso no es bonito, eso es normal. Me voy a buscar otro novio.

Jorge: Eres lo más bonito.

Love ríe y Vikingo se mueve por todo el tablero sin dejar de repetirse “qué grosso que soy”. Dijo que tenía 25 años y es de Buenos Aires, Argentina.

“¿Quieres ser mi novio?”, se dicen todo el tiempo; se encaran, ni el nombre se preguntan, ni de dónde son. Directo: “¿Quieres ser mi novia?”

Se invitan a las casas, creo, las del juego.

Jhoanita está hablando con Christian.

Jhoanita: ¿Vamos para tu casa?

Christian: No.

Jhoanita: Vayamos para tu casa ya, la de la vida real.

Christian: Mi mamá todavía no llega. Espera, veo si tengo las llaves.

Eso fue lo último que pusieron; ninguno de los dos volvió a hablar.



Bitácora, recorrido, vuelo

"Un periodista es alguien que mira el mundo, su funcionamiento, que lo vigila cada día desde muy cerca, que lo ofrece para que se vea, que ofrece, para que se vuelva a ver, el mundo, el acontecimiento".

Marguerite Durás

Introducción

El concepto de ONG nació en 1840, cuando se reunió la Convención Mundial Contra la Esclavitud, lo que provocó la movilización internacional para eliminar el comercio de esclavos. Recién en 1945 se reconocieron formalmente las ONGs en el Artículo 71 de la Carta de las Naciones Unidas.

También existe una definición que dice que una ONG es aquello que está dirigido por personas con un interés común, que se basan en el voluntariado y que intentan mejorar algún aspecto de la comunidad. Así, en nuestra antología, tanto la fundación que dona medicamentos, como las mamás que buscan proteger a los niños del acoso cibernético, como la ONG que busca personas perdidas, y Apadeshi, apoyando a los padres para que no pierdan el contacto con sus hijos, cumplen con dicha premisa: la comunidad mejora en algún aspecto gracias a la existencia de estas personas que se reúnen con un interés común para crear espacios de intercambios con la finalidad de mejorar el estado de las cosas.

El objetivo de esta tesina siempre fue indagar en su entramado para intentar dar cuenta de su funcionamiento, de sus características, de sus modos de trabajo, de las personas interesadas que intervienen y de dónde surge su interés. Las ONGs reunidas muestran la gran variedad, el abanico de posibilidades que existen. Pero no es solo su diversidad sino el hecho de que sean, algunas de ellas, fuera de lo común. En este trabajo nos interesó, en efecto, hacer foco en lo invisible, en lo acotado, en lo que está en la periferia. Buscamos entidades intermedias. Pero no las más mediáticas, las que viven frente a una cámara, sino las invisibles por su contexto, por su contenido, o porque todavía nadie las vio. Buscamos aquellas que son una especie exótica. Eso, a nuestros ojos, es lo que las hizo singulares. La crónica, como género narrativo, nos permitió mostrar, decir, denunciar o informarlas. Pero sigue siendo la crónica nuestro interés y por eso era tan necesaria esta bitácora: para reflexionar sobre algunos aspectos ligados a la escritura de dichas crónicas.

Acerca de la escritura

Salud remediable

Este principio:

“Señor vecino: si usted no tiene cobertura médica o no puede comprar sus remedios porque el costo no se lo permite, puede acercarse a D.A.R. S. I”. Un cartel pegado en la puerta ya lo anuncia.

Es el que mejor me resultó porque ya se está explicando de entrada de qué se trata la ONG, una de las más raras. Por otro lado, es una voz en *off* que anuncia algo, con tono de anuncio, como una gacetilla: “señor vecino”. Y DARSÍ no está exenta de lo verticalista y la logística empresarial.

También, en el principio se la muestra a Raquel Aculumbre. Se muestra su vestimenta coqueta, su maquillaje para que parezca sin maquillaje, su pelo armado, su actuación en la puerta. Eso: actuación. Ella es el personaje principal. Todo es armado, nada natural. Los diálogos con su compañera, las cosas que me cuenta y las que no. Todo está armado para mí que estoy ahí, que soy el ojo que las está mirando. Por eso la primera persona tan cercana. El “me dice” o el “me mira” acá no corresponde a un ego que se cuele entre los reglones. No. Es para marcar que me lo dice a mí y a nadie más, que en esa función yo soy su única espectadora. O como dice Martín Caparrós en la entrevista que le hace María Moreno para la revista *Otra Parte*: “La crónica que a mí me interesa dice ‘yo’, no para hablar de mí sino para decir ‘aquí hay un sujeto que mira y que cuenta’” (2010: 2).

También se puede ejemplificar esto mismo en las caras de Susana, la compañera de Raquel que cada vez que me ve larga un poco efusivo saludo: “Ah, Laura”; como cansada de verme, tal vez porque ella sí quería trabajar en serio.

Esta escena muestra ese *acting*. Ninguna de las dos me mira, me ignoran, hacen como si yo no estuviera ahí, hacen su función para mí.

Susana entra otra vez.

-Disculpen que interrumpa- dice molesta.

-Podés venir a charlar- le dice Raquel riéndose.

- Dejá que termine de trabajar – le pide y sigue- vino...

-¿Quién, la pesada?- la corta Raquel.

-Sí...

Y ríen.

Cuando se habla de crónica, Leila Guerriero, en su libro *Frutos Extraños. Crónicas reunidas 2001-2008*, dice que la crónica es lo mismo que un documental, hay de todo. La cronista plantea:

Los directores, como las crónicas, cosen escenas, producen continuidad, organizan información y hacen trascurrir cuarenta años en dos horas. Las películas, como las crónicas, no se construyen solo en planos generales y ritmos lentos, sino con primeros planos, planos americanos, monólogos, flashbacks, escenas de tiro, escenas de sexo y escenas de violencia. En las crónicas, como en el cine, hay voces en off, travellings, paneos (2011: 301).

Uno puede dejar la cámara apoyada sobre un punto fijo y filmar una escena, como esta que acabamos de presentar, o puede salir a dar paneos largos hasta llegar a planos más cortos donde se muestra la acción de cerca, como en la siguiente escena:

La fundación ocupa toda la esquina de Vieytes y Avenida Santa Fe, en Acasusso. Adentro, en la cocina, se sienta Raquel; arriba, en la planta alta, está su oficina y la de Susana – que sería una especie de vice- y computadoras. En el ala izquierda, un depósito de medicamentos, que se comunica con una puerta donde está el depósito del depósito de medicamentos. En el ala derecha, el mostrador circular donde atienden a la gente y atrás de ese mostrador, atrás de los estantes con cajitas y tabletas y blíster y gotas y demás cosas, la cocina y Raquel que ofrece café. No, gracias.

También existen elementos que tomo para llevar la historia hacia adelante, elementos a los que tal vez otra persona no le daría importancia, porque son chicos, pequeños, incoloros, escondidos en el fondo de la habitación, pero alguien decide darle su lugar. Me gusta fijar el ojo en esos elementos, creo que además de completar la historia, además de pintar la escena, le dan el tono, y pueden ser tan sonoros como la misma voz que relata. O como dice Julio Villanueva Chang, editor de la revista *Etiqueta Negra*, en un artículo muy interesante y bellamente narrado, “El que enciende la luz. Apuntes sobre el

malentendido oficio de un cronista”: “(el cronista) es un recaudador de minúsculas singularidades” (2005: 3). Por ejemplo en *Los suicidas del fin del mundo*, Leila Guerriero toma al viento. Lo toma como música de fondo. Dice ella: “A la hora de escribir pensé que tenía que reproducir ese clima enloquecido y lograr que el viento se levantara del libro como un enjambre. Dice el libro: “afuera, el viento era un siseo oscuro, una boca rota que tragaba todos los sonidos: los besos, las risas. Un quejido de acero, una mandíbula” (2012: 71).

En DARSI, son los medicamentos. No aparecen como temas sino como personajes, como entidades dentro de la historia. Tienen nombre y apellido:

“Azitromicina 500gm. Vto 7-15 11-15 8-15”
“Bisoprolol 5mg Vto 8-18”

También se quiere dar una sensación de inventario:

Hay tres góndolas con cuatro estantes llenas hasta el piso. .
Hay andadores y bastones que se prestan.
Pañales.
Una caja con anteojos de gente que muere; les sirve el armazón.
Fajas.
Hay estantes de cremas en cajas.

Se quiere mostrar que hay mucho y de todo. Se quiere mostrar la logística impermeable que maneja Raquel con cada cajita aunque al final de la historia solo haya una señora en un silencio brutal. Después de estar cerrados por inventario más de una semana esperando el caos, sucedió todo lo contrario. La nada. La desolación total. Cada tanto entraba alguien y en cinco minutos seguía su camino. Fui tres días a DARSI para ver, para encontrar ese momento tan esperado de amontonamiento. Porque estando en el campo de estudio, permaneciendo casi en silencio, se puede ver con más claridad. James Clifford, en “Sobre la autoridad etnográfica”, habla de una nueva etnografía, aquella donde el trabajador de campo debía vivir en la aldea nativa, permanecer un tiempo suficiente e investigar ciertos temas clásicos. En este texto Clifford también presenta al observador entrenado para captar gestos, conductas, ceremonias: “La nueva etnografía estaba marcada por un énfasis creciente en el poder de la observación. La cultura se hallaba construida como un conjunto de conductas características, de ceremonias y de gestos susceptibles de registro por parte de un observador entrenado” (1995: 48).

Nada sucedió. En tres días de observación en el salón de DARSI, nada pasó. Por eso me costó encontrarle un final a la historia, hasta que finalmente me decidí: tenía que ser eso. Una señora sola en un brutal silencio.

Reunión de vuelo

Batoco es una crónica que está contada cronológicamente. Desde el comienzo. Pero el comienzo no está en la primera palabra que enuncia algún directivo, ni en donde aparece el primer barrilete, sino que el comienzo de esta crónica es una dirección: Vélez Sarsfield 4417, Munro.

Porque lo que había ahí no se parecía a la entrada de una ONG. Era en un centro comercial, un negocio de ropa y en un negocio de ropa una puerta secreta detrás de un perchero, y detrás de la puerta secreta un mundo distinto, de fantasía.

Era exactamente esa puerta lo que yo necesitaba para el principio de mi crónica. Porque en cuanto la vi me sentí en una pasaje secreto hacia algún otro lado más. Un mundo fantástico separado de la realidad.

El tiempo detenido, unas gaseosas destapadas, varias cajas de pizzas, algunas ya vacías y el ruido de los autos y colectivos que circulan abajo, en la calle, en el mundo adulto, que ni se siente.

Decidí desde un principio que la puerta de entrada a cada una de las historias sería distinta. Así, en Batoco, quería dar cuenta del grupo, de las personas que lo conformaban. Por eso el sustento eran las caras, los ojos, las voces, los cuerpos que integran a esta ONG: las personas y cómo funcionan dentro de este grupo. Pero no pude transcribir al grupo entero, necesité recortar. Quedarme con las figuras y desalojar el fondo. Esa selección no fue azarosa, tuvo un motivo, descubierto en el mismo territorio de acción: el hecho de que cada uno representaba algo. Mabel, la tristeza; Diego, el niño que volvió; El Presi y la Primera Dama, los pilares, la ley; Matías, lo económico; Oscar, el de la voz tanguera, la nostalgia. Y el barrilete, la excusa.

Por eso, como cada persona encarna o simboliza algún sentimiento y los barriletes son un juego y los conectan a ellos con esa instancia- la de la infancia-, quise que Diego fuera el primero en aparecer. Fue el elegido para romper con la voz del narrador y aparecer en escena, presentándose a él y a su mundo. Y el de la voz tanguera y la nostalgia, Oscar, aparece en segundo lugar. Para marcar el contraste, para hacer la diferencia: que hay alguien grandote como un oso y simpático, pero también hay alguien con una voz gruesa que se emociona al hablar.

Lo sonoro aquí juega un papel importante. Como decía más arriba, hay un mundo fantástico separado de una realidad y eso se nota en los sonidos. Hay un murmullo permanente y voces que se acercan a la charla y otras que quedan solo de fondo. Hay voces gruesas que se emocionan.

Hay una intención de formar un coro de voces. De crear relieve en la escena, poniéndolas a sonar en distintos momentos. No están todos quietos hablando de a uno. No. Porque así no fue. Por eso quise dar cuenta del murmullo, de la gente que hay, de que parezca una reunión de cumpleaños donde hay más de una conversación a la vez. Una reunión de vuelo.

Michel Chion, en su artículo “El punto de escucha”, se pregunta: “Respecto a los hechos sonoros realistas que el film propone, ¿cómo se sitúa el espectador?, o recíprocamente, ¿a qué distancia de él, al final de qué trayecto se supone que las voces y los sonidos suenan? ¿Cómo ha de tenérselos en cuenta?” (1992: 25).

Esta última pregunta era la que guiaba mi escritura. Porque la escena no se quedaba quieta. No solo hablaban conmigo, sino que comían, bebían, se limpiaban, le gritaban al vecino, charlaban con el de al lado. Y “el punto de escucha”, en términos de Chion, era yo.

Sigue diciendo el autor: “El punto de escucha elegido puede por sí mismo crear el ‘punto de vista’ en el sentido subjetivo de la escena” (1992: 27).

También este relieve se muestra en dos tiempos que suceden en el mismo lugar: uno, el de la persona que se presenta, y el otro, el de la escena que sigue desarrollándose detrás. Esta última es un continuo y la presentación de la persona es algo más estático y a veces improvisado, como irrupciones, como la ansiedad de un niño que quiere contar algo y quiere estar en el primer plano.

Una mujer de pelo corto y canoso, vestida con un conjunto de ropa deportiva se me acerca por detrás diciendo que ella es la primera dama, la esposa del presidente de Batoco. Y lo dice con pompa.

Después aparece Mabel, la tristeza. Así se muestra. Mabel es una de las tres mujeres que hay dentro del grupo. Voy a mostrar a las tres mujeres. A todas. Porque son pocas, porque son mujeres dentro de un juego que años atrás, en sus propias infancias, les estaba vedado. Por eso quiero mostrarlas: sus caras, sus entusiasmos. Como dijo la Primera Dama: —*A nosotras no nos dejaban hacer barriletes cuando éramos chicas- cuenta- eso era cosa de hombres...*

En la parte en que se habla de Mabel interviene un relato de animación que hace alusión a la película “Río”:

Es algo similar a una escena de la película “Río”, la del pajarito azul, criado en la gran ciudad que se siente distinto hasta que llega al Amazonas y se encuentra con un montón de pájaros azules desplegando sus alas, igual a él.

La irrupción del relato con el género de animación tiene que ver con el tema, con el aire que se respira, con la infancia.

Y recién al final del primer bloque de la crónica se revela quién es la voz tanguera. Como si hubiera sido a propósito, esa voz no puede seguir, se cierra de emoción. La voz gruesa chilla.

Y también recién al final del primer bloque se muestra al único chico que hay, y que casi como una ironía tiene la respuesta más adulta.

Este primer bloque tiene la intención de generar una atmósfera que luego se va a llenar de acciones y ruidos de máquina. Pero la emoción seguirá hasta el final. Después aparecerán más personajes, más diálogos, más acciones pero estaremos hablando siempre de lo mismo. Del grupo, de la contención y del barrilete como contexto.

En el segundo bloque se empieza a dar cuenta de los tipos de barrilete, de las competiciones, del pequeño mundo que los aglutina.

Yo estoy parada en un lugar y todos se acercan a contarme. Hay un diálogo entre ellos y quién recibe sus enunciados. Casi no hay preguntas. Solo enunciados que buscan volcarse en alguien que los reciba. Bajtín afirma el carácter dialógico de todo enunciado en “El problema de los géneros discursivos”: “Todo enunciado está destinado, orientado hacia otro, el destinatario” (1997: 20). Y así también piensa la narración, como una “orquestración

de voces narrativas”, representativas de los diferentes discursos sociales, cada uno con su experiencia, su vida y, en esta crónica, su simbología.

Y el final lo pensé varias veces. Podría haber sido la cronista saliendo a la calle otra vez, dejando ese mundo infantil, mágico, allí arriba en ese taller. Pero había algo que me decía que era importante ver a los barriletes en movimiento. Verlos flamear. Verlos a ellos jugar. Esa era, en definitiva, la reunión de vuelo.

La primera acción que se ve sobre el final, en la escena del río, es un hombre forcejeando con su barrilete. La idea de esta escena es dar cuenta de dos partes. Por un lado, de una relación llena de variables: el hombre y su barrilete.

El viento cambia, el barrilete con forma de ala delta se detiene en el aire, sostiene la dirección que llevaba, inmóvil y se empaca. El hombre tironea de los hilos, el barrilete resiste hasta que cae al suelo, rendido. Lo veo caer, de punta, me da pena su trompa de avioneta herida. El dueño tira de los hilos y el barrilete se arrastra hasta él.

Por otro, dar cuenta de la vida, el carácter que tiene el barrilete en relación con su dueño.

Esta escena otra vez empapa todo el final con la idea de que los barriletes tienen vida propia. Como el barrilete del tiburón que quiere asustarme y que parece divertido mostrándome todos sus dientes.

Hasta que vuelva a soplar el viento y los hinche de vida, dándoles vuelo otra vez.

El dato

Llegué a Santiago Aranguri buscando un héroe anónimo. Quería escribir una crónica para presentar en el “Concurso Federal de Relatos” que organizaba el Ministerio de Cultura de la Nación sobre esa temática. Cuando puse “héroes anónimos” en Google me salió un artículo con el nombre de Santiago, luego puse su nombre en el Facebook y resultó vivir a veinte minutos de mi casa. Santiago es el futuro, el adelanto que representan los de su generación en esta realidad. Sin embargo, lo curioso fue su nivel de preocupación, su practicidad para querer encontrar una solución y sus cortos catorce años.

El impacto de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (TIC) en el periodismo toma diversas formas para descubrir y desarrollar nuevas maneras de escribir e investigar. Véase que llegué a Santiago a través de Google y luego Facebook.

El inicio de “El dato” es una escena que lo presenta a Santiago y cuenta de qué va la historia. La intención era la misma que en “Salud remediable”: que el tema de la crónica quedara explicado a través del personaje. Esa escena muestra hasta dónde llegó Santiago con lo que se proponía hacer, lo presenta a él como un chico perseverante y seguro, lo pone en una plataforma de importancia y cierra en forma circular con la inquietud que siempre está presente en esta crónica: *-Imagínense que están perdidos.*

Otra escena clave es el momento en que el padre le tira el dato, en el segundo bloque. Un padre que no deja de masticar y un chico al que se le cierra la garganta frente a lo mismo, la desolación que promete la gran pregunta que se abre delante de ellos:

—Una persona se pierde por día- y luego se metió otro pedazo.

El dato a Santiago le cerró la garganta y le abrió una pregunta “¿A dónde van?”.

Es importante escenificar, porque eso crea un clima, eso forma parte del modo que se elige para contar, y eso es, a veces, lo que más importa. Dice Tzvetan Todorov en “Las categorías del relato literario”: “En el nivel más general, la obra literaria ofrece dos aspectos: es al mismo tiempo una historia y un discurso” (1982: 26). Es historia en el sentido que evoca cierta realidad pero esto podría ser contado a través de una película, un documental o incluso un relato oral. Y a esta altura diría Todorov “no son los acontecimientos referidos los que cuentan, sino el modo en que el narrador nos los hace conocer” (1982: 27).

El texto todo el tiempo está plateando preguntas y busca de alguna manera hacer que el lector sea empático, sienta el rigor de la búsqueda, lo difícil que es encontrar a alguien. Cómo pesan el tiempo, los datos, el detalle. Se busca generar un clima de incertidumbre. Estas son acciones menores que se organizan alrededor de los núcleos de acción. Como también, los pasos a seguir para encontrar a alguien, se muestra la página que creó Santiago llena de detalles y más detalles chiquititos, tal vez sin importancia, o quizá con toda la importancia que gana un lunar cuando de caras perdidas se trata. Detalles y más detalles para encontrar a alguien, una aguja en un pajar. De lo chiquito a lo más grande.

Los núcleos desempeñan la función de hacer avanzar la historia, pero estas acciones que se relatan complementan, distraen, amplían detienen el tiempo y, por esta razón, tiene más que ver con lo descriptivo, con el cómo se narra lo que se está narrando, con el relato y no la historia. Barthes lo dirá en “Introducción al análisis estructural de los relatos”: “Es el carácter funcional de ciertos segmentos de la historia que hace de ellos unidades: de allí el nombre de funciones que se le ha dado” (1982: 29).

El segundo bloque además de presentar el problema, da cuenta de la labor de Santiago. Aparece la ONG “Personas perdidas” y se abre nuevamente otra puerta: que el trabajo hecho no es satisfactorio. Que la solución que pensó este chico de catorce años e hizo durante todo un verano no alcanza.

Tanto en el primer como en el segundo bloque hay un narrador que cuenta en pasado. En el tercer bloque se va al presente para decir “acá está de verdad, este es Santiago”. Fue un movimiento de cámara. Hay un cambio en el lugar de quien mira: está más cerca. Ocularización, propone Francisco Jost en “El ojo-cámara”: “Este nombre tiene, en efecto, la ventaja de evocar lo ocular y al ojo que mira el campo que la cámara va a tomar” (1987: 4). Él habla de *ocularización cero* para el ojo que se sitúa fuera del personaje y mira.

La computadora está sobre una mesa de vidrio en el medio del living. Con un monitor grande y una silla cómoda y el celular que es una nave, Santiago Aranguri está manejando el mouse con la velocidad de fórmula uno mientras habla de cómo está quedando la nueva página, que está en pleno trabajo y que le va a llevar unos meses lanzarla.

Recordemos que en el bloque anterior se había dicho que tenía que hacer todo el trabajo de nuevo. Y en éste se cuenta que la nueva página está a punto de ser lanzada. Escuchamos su voz en presente, sabemos más acerca de cómo piensa y lo vemos comprometido.

Vuelvo a citar a Jost para advertir que en este capítulo no hay intervención de la periodista: la imagen de la entrevista no aparece en ningún momento, como si la historia se contara sola. Para Jost esto es: “Ocularización cero: el cineasta avanza sin que se manifieste su presencia” (1987: 4). Y agrega: “En la medida en que los acontecimientos son vistos por una persona que no posee existencia en la imagen, el film documental puede ser recibido como la realidad en estado bruto” (1987: 4).

Ya no se trata de contar escenas del pasado que signifiquen por qué él tomó la decisión que tomó para hacer lo que estaba haciendo. Ahora ya se está ahí. Trabajando. Ya no se trata de un narrador que cuenta, los acontecimientos se están contando solos.

Esta crónica está centrada en la historia de Santiago Aranguri que colabora con la ONG “Personas perdidas”. Por dos razones. Porque vimos interesante entrar en las ONGs por distintas direcciones. En este caso se trata de un joven que se sintió involucrado, interpelado de algún modo y quiso colaborar. Esa es también la segunda razón. Mostrar que no siempre se tiene que presidir una ONG para querer cambiar una realidad o solucionar un problema. Se puede ser parte brindando buenas y grandes ideas. No importa la edad que se tenga.

En el final se unen esos dos mundos posibles, dos realidades que se construyen: una a través de un código y la otra, a través de nuestras propias acciones. El final son esos dos espejos enfrentados y el reflejo, la esperanza de un mundo nuevo entre los dos.

Tortita de cebada

“Diré que NUNCA empiezo a escribir sin tener la frase de principio y que después me dejo llevar por una disciplina de monje confiando en que la historia pedirá lo que necesite y expulsará lo que no”, (2009: 306) sostiene Leila Guerriero.

Tal vez no un monje, como en el caso de Guerriero, pero sí la línea del 152 me arrojó un diálogo telefónico de una mamá hablando con el padre de su hija. A modo de ejemplo, a modo de caso, a modo de inicio.

Después de ese episodio hice la entrevista a José Bouza, después miré el documental de “Borrando a papá” y después los seguí investigando a los dos.

Starbucks, sin querer, terminó siendo el escenario perfecto. La primera escena de la fibra que marca el nombre en el vaso me da pie a la presentación de nuestro personaje. La silla de metal en el borde de ese cuerpo grueso deja a alguien incómodo. La tacita, el pocillo chorreando, la cucharita, todo pequeño frente al gran oso blanco. Así lo vi durante toda la entrevista. Esa imagen me acompañó siempre: un oso parado en el medio de un

hielo. Sin espacio. Incómodo en el bloque que hoy le toca. Más adelante, las licuadoras, su voz frágil. Ni siquiera en el café se puede hacer oír. Su voz ha perdido fuerza y circunstancia. Esta gran metáfora también es portadora de sentido. Porque “la metáfora es una atribución que destruye la pertinencia semántica de la oración instituida por los significados usuales” (2004: 137), dice Gloria Pampillo en *Una araña en el zapato* y propone además que gracias a este paralelismo entre la metáfora y el relato “surge en el lenguaje lo nuevo, lo aún no dicho, lo inédito” (2004: 138).

Siguiendo en las formas, más que en el contenido, también podemos detenernos en los casos testigos contados en presente. Porque tiene más fuerza. Porque tiene la fuerza de un silogismo:

Caso dos: un hombre alquila una cabaña para ir en las vacaciones de invierno con su hijo; su ex mujer lo autoriza. Programan actividades, arreglan para ir a aprender a esquiar, ya está todo pago. Son felices. Hasta que su ex mujer se entera de que también va la novia, y le dice que el chico se queda en Buenos Aires.

También la puntuación es otro espacio de reflexión. Puntos para enfatizar la contundencia de los hechos. Frases cortas que suenan a un zapateo, a un taconazo. Como en un baile flamenco donde cada tacón, punta, taco, punta, taco, y gana velocidad y crea tensión hasta llegar al último golpe y revoleo de pollera.

Caso tres: un hombre tiene dos hijas rubias, de madre uruguaya. Ella dice que si él se va, se mata. Él se va. Ella dice que si él vuelve a formar pareja, ella se lleva a las hijas. Él vuelve a formar pareja. Ella le dice que no volverá a ver a sus hijas. Él no las vuelve a ver.

También la repetición de palabras como si fuera un mantra, un rezo, una plegaria. También esto contribuye al sentido de lo que se crónica. Detiene la crónica, genera espacio, suspenso y en este caso una comparación, un ir y venir en el tiempo:

Antes en Apadeshi trabajaban muchas personas; hoy son pocas. Antes llegaban a otras provincias; hoy solo están en Buenos Aires. Antes daban charlas y conferencias en los medios de televisión; hoy ya no.

Ahora bien, en cuanto al contenido intenté, además, apoyar esa voz en el documental, que en la misma época de la entrevista estaba generando ruido. Puse los casos que aparecían en el video, y otros que me contaron, de menor a mayor gravedad: que una madre también puede matar a su hijo, que no todas las madres aman, que no siempre sus acciones son para mejorar la calidad de vida de sus hijos.

Tuve que escribir esta crónica dos veces. Una fue desde la sangre. Viví en carne propia la situación; por eso, de repente, sin quererlo, me encontré adentro del tema. Tenía que separarme.

Pierre Bourdieu, en *Respuestas por una antropología reflexiva*, plantea: “¿Cómo puede el sociólogo poner en práctica la duda radical que es necesaria para poner en tela de juicio todas las premisas inherentes al hecho de que es un ser social y que, por lo tanto, está socializado y tiende a sentirse como pez en el agua dentro de este mundo social cuyas estructuras ha interiorizado?” (1995:27)

No solo tenía que dudar del discurso de José, sino de las mujeres que discriminan a los hombres también. Soy mujer, no le escapo a eso; pero sin embargo no creo que discriminar hacia el otro lado sea un acto positivo. Por los dos motivos necesité tiempo y espacio para correrme.

Tuve que revisar cada una de mis palabras, a dónde estaban las frases que sonaban a opinión del narrador, que estaban calientes. Buscar otras voces. Revisar mis propios conceptos y preceptos formados. Desarmarlos.

Bourdieu, en *El oficio del sociólogo*, habla de la vigilancia epistemológica como aquella actividad que ejerce el investigador cuando evita caer en la sociología espontánea utilizando técnicas de objetivación y métodos y técnicas distintas. Dice Bourdieu: “Para ejercer la vigilancia epistemológica, resulta necesario subordinar el uso de conceptos y técnicas a un examen constante respecto de las condiciones y límites de su validez”(2002:30)

En definitiva es la actitud de vigilarse a uno mismo.

Encontré otros diarios, el documental, las palabras de otras mujeres a favor del documental, de abogados. Ellos forman parte de una red, y la ONG Apadeshi no está arrancada de esa red. Eliseo Verón en *Fragmentos de un tejido social* habla de una semiosis como “una red interdiscursiva de la producción social del sentido” (2004: 56). Hay historias donde la opinión no vale nada, no se puede opinar sobre el acoso de un hijo, o sobre personas extraviadas. Pero hay historias donde el vidrio de la verdad se refracta en mucho colores. Y, como ya dije antes, estando bastante cerca del tema necesité salir a buscar esos colores faltantes porque el mío era demasiado fuerte. Por eso es que en esta crónica

aparecen muchas voces, de diferentes orígenes – videos, Facebook, medios digitales- que suman sus voces a un tema polémico producto y producido en la sociedad.

El ejemplo de una mujer periodista que dice -ella sola, yo no lo hago por ella:

Liliana Hendel, psicóloga y columnista en televisión dice: “es difícil que una mujer invente que le pegaban. Creo que los varones mienten”.

Por todo esto se convirtió en la crónica más difícil de hacer. Porque tenía una posición tomada sobre el tema. En el caso de “Mamá en línea”, la siguiente crónica en esta antología, me parecía que la principal protagonista, Roxana, se terminó comiendo el tema, de que no todo lo que decía era así como ella lo estaba viviendo. Pero más allá de eso, no me tocó ninguna fibra más que la pura e irreverente curiosidad. Acá, no. Tenía todas las fibras en juego. En este sentido, Bourdieu afirma que: “Aquello que denomine una objetivación participante es sin duda el más difícil de los ejercicios, porque exige romper con las adherencias y adhesiones más profundas e inconscientes”(1995:192). Por eso investigué otras voces y otras opiniones.

En el documental encontré muchas voces: hombres y de mujeres; abogados y psicólogos; ONGs y padres; madres y personal del circuito que trabaja la violencia de género. A favor y en contra.

En cuanto a los casos, incluí el de Yura por dos razones: primero, por escenificar la idea de la mentira dicha por el hombre y la verdad dicha por la mujer siempre y, segundo, porque es de Rusia. Y desde su cultura, desde su forma de ver el mundo (la cultura nos determina) lo dejó con la boca abierta un sistema que no se entiende.

José ha perdido fuerza. La atmósfera de desgano, de tristeza se pone de manifiesto. Cuánta fuerza tenían antes y cuánta perdieron ahora. Él y su ONG.

Mi premisa durante todo el texto, lo que guiaba mi escritura, era esto:

Juan Carlos Dietze, abogado penalista, especialista en familia, dice: “es fundamental recuperar el principio de igualdad ante la ley que implica no prejuizar y no buscar explicaciones según el sexo que tengan”.

Mi premisa, en el texto y en la vida.

Mamá en línea

Doc Comparato, en *Taller de escritura para televisión*, dice: “hay dos tipos de estructura: macroestructura o estructura general de un trabajo y microestructura o estructura de cada escena aislada” (1997: 32). A mí en esta historia me preocupaba más la macro.

La estructura dramática aristotélica responde a la siguiente cuestión: un equilibrio 1 que se rompe por un conflicto; la persona o el grupo de personas que luchan con las peripecias del destino para resolver ese conflicto y el desenlace de la historia donde se vuelve a restablecer un equilibrio 2. Los personajes a lo largo de la historia sufren lo que se llama “transformación del personaje” y el equilibrio 2 no será nunca igual al 1. Esto no implica la resolución del conflicto.

Yo quería mostrar detenidamente ese punto de quiebre que hizo que la vida de Roxana y su hija fueran de ahí en más, diferentes. Pero la pregunta siempre era “¿cuándo lo nuestro?”. A Roxana se le desequilibra la vida en dos párrafos, todo lo que hace luego es para restaurar el equilibrio nuevamente, pero su vida y la de su familia ya no serán las mismas.

Me llevó mucho trabajo encontrarle la forma a esta historia. Primero fue un principio demasiado moralizante para un tema lleno de grises, además de contar desde el inicio todo lo que estaba pasando. Por eso, preferí, luego arrojarlo en cuentagotas sobre todo el recorrido. Este principio explica:

Internet es amplio, tan amplio como el mundo. Los padres pueden capacitarse para poder navegar con sus hijos, para poder bloquear ciertas páginas. Eso sí pueden hacer. Pero hay algo, hay juegos que se les escurren de los dedos, que ni siquiera las mismas plataformas pueden controlar. Juegos o salas de chat que se atajan de antemano afirmando que eso puede pasar. Juegos que directamente no se entienden. Son juegos para niños, donde un acosador, mediante una cuenta falsa, puede entrar, interactuar con ellos; así, sin filtro, puede acosarlos y acabar con su inocencia.

Luego se me ocurrió un orden cronológico de los hechos, trenzado con un orden cronológico de la entrevista y a medida que sucedía todo, cuanto más adentro estaba en la historia, empecé a intercalar bloques con mi rol dentro del juego. Pero tampoco me funcionaba. Hasta que leí un cuento de Haruki Murakami, “Un ovni aterriza en Kushiro”,

en el que la estructura, el esqueleto, el dibujo interno de la historia respondía a lo siguiente: un cuento que arranca con algo que está fuera de lugar, que engancha, que nos genera una pregunta: ¿qué pasó?, ¿por qué? El cuento se sienta justo ahí y corta o rompe. Y va hacia el pasado, hacia el principio de ese pasado que desencadenó la primera escena. Presenta los personajes, presenta el conflicto y sigue avanzando hacia el día en que las cosas se quedan fuera de lugar completamente, que no es el día en que las cosas empiezan a salirse de lugar. No. Es el momento en que ya nada encaja. Cuando Murakami, en este cuento, pasa otra vez por esa escena (si va al pasado en algún momento del recorrido tiene que volver a pasar por ahí), cuenta la misma escena de manera diferente, agregándole más detalles o cosas que antes no se habían contado. Y avanza, avanza hacia donde solo se puede avanzar: hacia adelante. La historia entonces se empieza a contar en presente o en un pasado que sucedió no hace mucho hasta desembocar en el verdadero final. En “Mamá en línea” se siguen los mismos pasos de Murakami. Un comienzo vertiginoso, para ir luego al momento en que todo empieza a desestabilizarse y se pasa por ese comienzo agregando más información, hasta que sabemos quién es Roxana finalmente, para terminar jugando el mismo juego.

Doc Comparato sostiene: “La estructura es una construcción dramática que tiene por función presentar el drama, mantener la historia y aumentar el interés del espectador” (1997: 33). Por eso creo en las estructuras. Algunas salen más inconscientemente y otras se dibujan en un papel y se les va adhiriendo carne por todos lados.

En las versiones anteriores el final de esta crónica también era distinto. Ahí se revelaba que el acosador era una mujer. Con la estructura de Murakami, el final es otro.

Existe, a la hora de contar, un montaje narrativo. Ese montaje, ese recorte, esa selección, esa forma que se elige es de cada quien, es de cada cual, es un arte subjetivo. Porque no queda duda de que es artístico pero además de ser una herramienta de estilo es un creador de nuevo sentido. Antonio Costa en *Saber ver el cine* afirma que el “montaje, no es solo en un sentido técnico, sino también lógico discursivo: nos encontramos frente a un efecto de sentido producido mediante la selección de diversos encuadres y la combinación, la elección de una determinada alternancia de los encuadres” (1988: 73).

Me gusta contar con flashes, como escenas que se iluminan y se apagan. Me da la sensación de que el tiempo corre, del mientras tanto, de que la rueda sigue girando.

El principio del segundo bloque de “Mamá en línea” es la presentación de la computadora. El enemigo. El peligro. Lo externo que se cuelga por ahí. Dónde la pusieron, cómo era el lugar, cuán inofensivo parecía. Qué causa eso al principio y qué provoca después.

En el tercer bloque ya empiezan a aparecer algunas aclaraciones entre paréntesis mientras el narrador relata la historia. Esas aclaraciones no son otra cosa que una voz en *off* que acota algo sobre la historia. Son susurros escalofriantes que soplan en la oreja del lector mientras intenta seguir leyendo. O por lo menos esa fue la intención, como en el siguiente pasaje:

Durante la noche estaba conectada. (Le exigían sentarse a la computadora de noche.).

Después se vuelve a pasar por el mismo lugar en que arrancó la crónica y se agregan más detalles, por ejemplo, que Roxana, al final de esa escena, no mató a nadie. El siguiente capítulo arranca con su nombre, en presente, en un bar. Recién ahí se la ve en la descripción. La cámara se acerca a esta madre que venía desde el principio pisando el papel:

Habíamos quedado en encontrarnos pero sin habernos visto nunca la cara. Roxana tiene el pelo largo caoba y un flequillo parejo que le cae sobre la frente, como me había descrito por teléfono. (...)Roxana es grandota, es una mamá osa, esas que abrazan y dan ganas de quedarse un rato en ese lugar cálido y mullido y protegido del mundo.

Es una forma de decir: “Esta mujer es real”.

Y en ese mismo bloque se presenta la ONG, se presenta la palabra *grooming* y su definición. Creí que la mejor forma de explicar el *grooming* era mostrándolo. Que el lector lo viviera y viviera el mismo proceso que Roxana: no conozco nada, me suceden cosas, me informo. Cada vez se está más cerca de la información. El lector termina haciendo el mismo camino que Roxana: va de la ignorancia hacia la luz del conocimiento, encontrándole nombre a aquello que no se conocía.

Hay frases que dice Roxana que son gráficas para señalar el tema:

—Es tan difícil rescatar a tu hija de un mundo que no tiene sustancia- dice Roxana y hace el gesto con la mano, en círculo- que das vueltas y vueltas y solo te encontrás con dos cables.

Hay frases que dice Roxana que son potentes:

—Para entender— dice Roxana mientras fuma— entender cómo te levantan a los pibes.

Las palabras, las formas en que están dichas por Roxana o por el narrador tienen una función, marcan algo, crean atmósfera. No es lo mismo decir “secuestro” que “levantan”. “Levantar” parece más fácil. Ninguna palabra es ingenua. Esa palabra tal vez encierre otras, o más. En la crónica “El gigante que quiso ser grande”, Leila Guerriero hablaba del gigante y lo nombraba “criatura”: “*Criatura*” se usa para los chicos, pero también para las bestias” (2011: 319), dice ella.

El caso de Rosa viene a ejemplificar la falta de justicia, de ley, lo poco reglamentado que estaba el tema. El caso de Rosa no es el caso de Roxana pero sirve para eso, para dimensionar el tema. Que no es algo que le pasa a uno, es algo que le puede pasar a cualquiera.

Eso me lo cuenta Roxana en el café y luego, la aparición de la moza que no nos presta atención abre la entrevista que, con la no aparición de la moza, se cierra. La moza está acompañando (al igual que el frío y el sol que cae en la tarde) el ciclo de la entrevista.

Roxana Domínguez no está empapada en el tema, Roxana Domínguez es el tema y su mirada se tiñe de acoso sexual cibernético todo el tiempo. Investigué las páginas que ella declaraba como *grooming* y me encontré con que muchas eran juegos para niños que se protegían de este tema avisando y ofreciendo varios mecanismos de defensa para evadir o denunciar el acoso. Roxana los presenta también como cómplices del juego.

El único juego que me dejó en duda era Habbo Hotel. Por lo mismo que dijo Roxana: ¿Camas? ¿Hotel? ¿Situaciones de romance todo el tiempo? El último párrafo de la crónica deja abierta la duda. ¿Estaban jugando? ¿Se lo decían en serio? ¿Quién es Jhoanita?.

Jhoanita: ¿Vamos para tu casa?

Christian: No.

Jhoanita: Vayamos para tu casa ya, la de la vida real.

Christian: Mi mamá todavía no llega. Espera, veo si tengo las llaves.

Eso fue lo último que pusieron, ninguno de los dos volvió a hablar.

Porque esa es la cuestión. Nunca se sabe quién está detrás de la pantalla. Nunca se sabe.

Hablemos sobre crónica

Leí muchas crónicas. A Leila Guerriero, de quien me impactó su estilo para contar una historia real; a Martín Caparrós, a Josefina Licitra; a Christian Alarcón, el cual, sin quererlo, me sugirió la idea de esta tesina; a María Moreno; a Marguerite Durás, que amé por su mirada pertinente, por su prosa hecha susurro intenso; a Truman Capote (*voilà*), a Elena Poniatowska, delicadamente hermosa y transgresora. Fui a alguna clínica, fui a alguna charla. Leí y repasé varias veces distintas antologías, como la de Jorge Carrión, *Mejor que ficción. Crónicas ejemplares* (2012); o la de Maximiliano Tomás, *La Argentina crónica. Historias reales de un país al límite* (2011); o la de Christian Alarcón, *Anfibia. Crónicas y ensayos /I* (2015). Leí mucho sobre crónica, sobre teorías, sobre punto de vista, sobre su historia, sobre la mentira en la crónica, sobre la eterna discusión con la ficción.

Pero de todo eso que leí solo un texto me acomodó las ideas. De una forma prolija y organizada. La crónica no es una sola cosa, es al menos diez, según lo plantea Osvaldo Baigorria en “Diez hipótesis ‘salvajes’ sobre la crónica” (2010). Porque es una hipótesis, una suposición que puedo hacer a partir de datos que manejo, que he visto y leído. No puedo afirmar nada; solo puedo, también, elaborar hipótesis. Por eso me tomé el atrevimiento de hacer mi propia lista de hipótesis sobre la crónica. Baigorria plantea como primera hipótesis “La crónica es una mentira”. Yo, por mi parte, necesito ir al comienzo.

Primera hipótesis: ¿Nuevo periodismo? Un poco de historia.

Así dice María Moreno: “¡Ah, los tiempos en que José Martí leía en un ejemplar del New York Herald un caso de violencia étnica sucedido en Nueva Orleans y, muy lejos de su Remington, escribía una crónica fabulosa para *La Nación* titulada “El asesinato de los italianos”, donde la sangre salpicaba al lector! Ahora hay que estar en el corazón de los hechos” (2005)

Poetas como Rubén Darío, José Martí o Amado Nervo ya hacían crónicas. Rubén Darío escribe para el diario *La Nación* en 1911 la muerte de una actriz ahogada en el Rhin, sin saber nada de ella. Amado Nervo indaga con casos reales el origen de la palabra

“rateros”. José Martí visita Nueva York y plasma la hazaña de un criminal, “que no robaba bolsas sino bancos, ni casas sino pueblos” (1882:19).

Y antes, mucho antes, pasaron los cronistas de Indias. ¿Quién puede decir que no lo son? “América se hizo por sus crónicas: América se llenó de nombres y de conceptos y de ideas a partir de esas crónicas (de Indias), de los relatos que sus primeros viajeros más o menos letrados hicieron sobre ella”, dice Caparrós (2012: 60).

Aquellas crónicas eran un intento de contar lo desconocido con conceptos ya conocibles a través de los ojos de quienes miraban el nuevo mundo. Un cronista de Indias es eso. “Así escribieron América los primeros: narraciones que partían de lo que esperaban encontrar y chocaban con lo que se encontraban. Lo mismo que nos sucede cada vez que vamos a un lugar, a una historia, a tratar de contarlos. Ese choque, esa extrañeza, sigue siendo la base de una crónica”, argumenta Caparrós (2012: 62).

Creo que esto fue lo primero. La semilla, el germen. Siempre lo hay. Y creo que después de eso sucedieron otros movimientos. Como sucedió con las placas tectónicas, que se deslizaron, se rozaron, se quebraron, se chocaron, se agruparon hasta ser lo que hoy son. Primero existió Pangea: la Crónica de Indias. Eso fue lo primero. Después se sucedieron tres grandes movimientos.

El primero: los poetas cronistas que decidieron usar recursos del género literario para contar una realidad a distancia. Como afirma María Moreno, la crónica “mantiene un nexo con ‘los hechos’, está menos regida por ‘la prueba’. Un José Martí no iba a cubrir la noticia, escribía a partir de lo que leía en el periódico. Un Fray Mocho escribía ‘En el mar la austral’ sin haber viajado” (2010).

El segundo movimiento: la no ficción. En una entrevista que le hace Liliana Viola para *Página 12* a María Moreno, como impulsora y crítica del género, se intenta definir esto último:

La no ficción implica un cierto modelo judicial de investigación aspirando a otra sentencia que la oficial (*Operación Masacre*, por ejemplo). Me parece que la no ficción – desde los textos de Truman Capote y Rodolfo Walsh hasta los de Cristian Alarcón– está más del lado de la investigación y con un modelo casi parajudicial en donde el cronista ocupa el lugar del juez” (2010).

El tercer y último gran movimiento dentro de la placa de la crónica: el nuevo periodismo, que retoma algo de Martí, de aquel primer movimiento, aquel que se limitaba

a utilizar los recursos de la narrativa. Pero esta vez sí se necesita haber estado ahí para poder contar desde la experiencia pero también desde las pruebas.

Dice María Moreno:

Aquello que llamamos “nuevo periodismo” se conformó hace medio siglo, cuando algunas personas decidieron usar recursos de otros géneros literarios para contar la no ficción. Ellos lo hicieron y cristalizaron un género que se estancó. Ahora, casi todos los cronistas escriben como esos tipos de hace cincuenta años. Dejamos de usar el procedimiento, esa búsqueda, para conformarnos con sus resultados de entonces. Pero lo bueno era el procedimiento, y eso es lo que vale la pena recuperar: buscar qué más cosas podemos robar aquí, copiar allá, para seguir armando nuevas maneras de contar el mundo (2005).

Hacia allá vamos.

Segunda hipótesis: estatuto de verdad

Hubo un caso en Estados Unidos. La revista *Rolling Stone* publicó “A Rape on Campus”, de Sabrina Rubin Erdely, que relata el abuso sexual sufrido por Jackie durante una fiesta en la fraternidad Phi Kappa Psi en la Universidad de Virginia. Y luego se comprobó que la violación no existió. La revista *Rolling Stone* sacó un comunicado: el texto había pasado el filtro de los *fact checkers* pero ante esa evidencia, asumía que no había logrado comprobar su veracidad.

Hubo otro caso. “El mundo de Jimmy”, publicado en *The Washington Post*, relataba la vida de un niño adicto a la heroína y llegó a ganar el premio Pulitzer en 1981. Se comprobó que el protagonista no existía y la autora confesó que así era.

Reflexionemos sobre esto, Sonia Budassi, en el artículo “Cuándo dice la verdad la no ficción”, se pregunta:

¿Cumple la crónica de *Rolling Stone* su función de conmover y generar solidaridad en el público, ante la cantidad de delitos que se cometen? ¿O fracasa por las falencias expuestas? ¿Qué relación guarda este tipo de textos con los lúcidos ejercicios narrativos de José Martí, quien escribía sobre personajes a quienes sólo conocía por leer la prensa estadounidense? ¿Hasta qué punto la práctica del “chequeo de información” es una tiranía metodológica que nada tiene que ver con la construcción de un mundo posible a partir de un hecho real? (2015).

No se puede llenar con imaginación las pruebas que no se pudieron buscar. Existe un pacto de lectura, y como todo pacto, exige respeto.

Eliseo Verón en “El análisis del contrato de lectura” establece que “la relación entre un soporte y su lectura reposa sobre lo que llamaremos el contrato de lectura. El discurso del soporte por una parte, y sus lectores, por la otra. Ellas son las dos ‘partes’, entre las cuales se establece, como en todo contrato, un nexo, el de la lectura” (1985: 3). Esto es tácito y tiene ciertos códigos: como leer una crónica y no creer que el personaje que se muestra nunca existió. La Dra. Gabriela Polit, crítica literaria y profesora de la Universidad de Texas, dice en el artículo citado más arriba: “La frontera entre la ficción realista y la no ficción es la apelación a los documentos: la investigación. Mientras la no ficción emplea la imaginación pero se apoya en pruebas documentales, la ficción se apoya en pruebas de la imaginación” (2015).

Los límites de la manipulación en la crónica tienen que ver con el montaje, con los personajes, con los diálogos que se citan y los que no. Aquí es donde se abren las posibilidades artísticas. Y si quiero tener más libertad de escritura, tendré que pasar más tiempo cerca del entrevistado para poder “soltar la mano”. La investigación, el trabajo de campo también da libertad a la hora de escribir. Pero la invención de cualquier cosa está por fuera de eso. No creo que debamos inventar nada. Eso sería faltarle al lector. Sí se narra, sí se ficcionaliza, sí se trabaja con personajes y narradores, pero los hechos siguen siendo los hechos. Como sostiene Christian Doelker en “La realidad manipulada”, “lo documental se basa en una referencia a lo fáctico, a lo real” (1982: 2).

Existe un registro de los hechos. Y cuando los hechos ya han sucedido existe una escenificación con ética de cineasta y una reconstrucción. Estos dos últimos movimientos pueden confundir. Doelker dice sobre la reconstrucción:

No cabe duda de que este procedimiento es el más difícil y, también, es el más exigente: se esfuerza por un objeto que ya no existe. Aunque, en cierto sentido, también es el más transparente. De entrada es claro para el espectador, por lo naturaleza misma del objeto, que el acontecimiento no puede ser utilizado en directo” (1982. Pag 3).

Pero lo que siempre hay que tener claro es que nada se inventa, la materia prima es lo real.

Nuestra definición de la crónica está entre las dos siguientes hipótesis salvajes que presenta Osvaldo Baigorria (2010): la tercera, “La crónica es una investigación periodística”, aunque él la desmienta, y la séptima, “La crónica es mirada”.

De eso hablamos en nuestra tercera hipótesis.

Tercera hipótesis: una aproximación a la definición de uso

Oswaldo Baigorria, en su tercera hipótesis, cita una definición que Planeta/Seix Barral anuncia en un concurso:

Se entiende por crónica una investigación periodística -que incluye la biografía- sin limitación temática, realizada en profundidad, escrita con una marcada voz de autor y apelando a estrategias y recursos propios de la narración de ficción”.

Baigorria refuta esta idea afirmando:” Ya no se sostiene esa definición que desde el principio hacía agua por todos los costados: la crónica es preexistente a la investigación llamada periodística y se remonta en nuestra lengua por lo menos hasta la época de los cronistas de Indias” (2010: 3). Entiendo eso. Pero quiero definir la crónica hoy. Y en esa línea, estoy de acuerdo con la primera definición, la que presenta la editorial, aquello que tiene que ver con el estatuto de verdad. Con la idea de que crónica también es chequear las pruebas, hacer un periodismo de datos. Estoy de acuerdo con que la crónica no es solo eso, sino que es, además, apuntar la mirada certera sobre un tema, hacer uso de otras herramientas y clavar una pregunta en el centro del texto que permita decir algo nuevo.

Ahí, la crónica, también es mirada.

En la séptima hipótesis, Baigorria afirma:

Hay algo más, sin embargo: la documentación, el trabajo sobre el referente que, de alguna manera, puede cambiar el punto de mira, incorporar otra perspectiva, modificar la mirada. No sólo por la artesanía del lenguaje, sino por lo que se encuentra al mirar algo desde distintos ángulos y por el tiempo suficiente. Eso que se llama “investigar” (aunque sea de prisa y en superficie) (2010: 5).

“Una mirada extrema”, escribió Caparrós en el prólogo de la compilación de Maximiliano Tomás, *La Argentina crónica*:

La crónica es una mezcla, en proporciones tornadizas, de mirada y escritura. Mirar es central para el cronista, mirar en el sentido fuerte. (...) Mirar es la búsqueda, la actitud consciente y voluntaria de tratar de aprehender lo que hay alrededor (y de aprender). Para el cronista, mirar con toda la fuerza posible es decisivo. Es decisivo adoptar la actitud del cazador (2006: 62).

La mirada no es solo una actitud. Es también una forma de organizar. En “*Los ojos en los ojos*”, Francesco Casetti dice: “La huella del sujeto de la enunciación no abandona jamás el film: se percibe en la mirada que instituye y organiza lo que es mostrado, en el punto de vista desde el que se observan las cosas” (1983: 58).

El ojo, al igual que la cámara, deja cosas por fuera que no son mostradas, recorta, se mueve, ordena. Crea mundo y la crónica, también. .

A veces no hace falta ir en busca de lugares ajenos o de temas exóticos. Se trata de mirar con nuevos ojos. Y esa mirada, el cuerpo en el territorio, la investigación y la búsqueda de pruebas y, sobre todo, la actitud del cazador es lo que entiendo por una buena crónica.

Algunas conclusiones

Carolina Raymunde dice: “Me gusta pensar la crónica periodística como un pedazo de mundo construido. (...) En una crónica se debería poder disfrutar de la lectura, no solo por la necesidad de la información sino por el gusto de asomarse a ese mundo (...)” (2011: 65).

También lo veo así. Como un mundo al que uno se puede asomar a través de la escritura. Mundos. Mundos que me generan cierta curiosidad y por eso decido meterme, mirarlos y escribirlos. Como cada casa un mundo, cada persona un mundo. Tan amplios: con ríos, mares y bosques, con helicópteros y osos polares, con primaveras y mamíferos, con llantos y bolsas de boxeo, barriletes y computadoras o cajas de medicamentos, con sirenas y drogas, con paletas de distintos colores. La crónica, para mí, es esa ventana que me permite colarme al mundo de alguien más, y como lectora me ha vuelto más curiosa. Este género me permite asomarme a una vida, a un recorrido.

Pero eso no quiere decir que todo sea cronicable, aunque Juan Villoro dijo en una entrevista que le hicieron para el diario *Tiempo Argentino*:

Todos los temas son cronicables dependiendo de quién y cómo lo haga. Creo que sería terrible que estableciéramos una zona de temas prohibidos como en los viejos mapas medievales en los que marcaban el fin de la tierra y un cartel que decía Hic sunt leones "aquí hay leones". No creo que debemos establecer una región de los leones donde no nos podamos meter. Todo tema es digno de una crónica (2013).

Para mí existe un recorte. Y existen temas, no prohibidos, pero que no “pican”. En lo personal hay cosas que me gustan más y otras menos, y ahí es en donde meto la nariz, para saciar el hambre de la curiosidad.

Como afirma Caparrós, “seguir buscando nuevas formas de contar la vida” (2007) que no es otra cosa que encontrar nuevas formas de mirar el mundo.

Última hoja

"Para mí, la literatura es una forma de juego. (...) Cuando los niños juegan, aunque se divierten, se lo toman muy en serio. (...) La literatura es así: es un juego, pero un juego en el que uno puede jugarse la vida. Se puede hacer cualquier cosa, todo, por ese juego".

Julio Cortázar



Bibliografía

- Baigorria Osvaldo (2010). “Diez hipótesis ‘salvajes’ sobre la crónica”. Jornada de Comunicación de la carrera de Ciencias de la Comunicación, UBA.
- Bajtín Mijaíl (1997). “El problema de los géneros discursivos”, en *Estética de la creación verbal*, México: Siglo XXI.
- Barthes Roland (1966). “Introducción al análisis estructural de los relatos”, revista *Communications* número 8. París 1966.
- Bourdieu Pierre (1975). *El oficio del sociólogo*, Siglo XXI. Buenos Aires.
- Bourdieu Pierre (1995). “Cap 3. Una duda radical”, “Cap 5. Una objetivación participante” en *Respuestas por una antropología reflexiva*, Grijalbo.
- Budassi Sonia (2015). “Cuándo dice la verdad la no ficción”, en *Revista Ñ*. 27 de mayo de 2015
- Caparrós Martín (2007). Congreso Internacional de la Lengua Española de Cartagena 2007.
- Caparrós Martín (2011). “Una mirada extrema”, prólogo de *La Argentina crónica. Historias reales de un país al límite*, Maximiliano Tomás. Buenos Aires: Planeta.
- Casetti Francesco (1983). “Los ojos en los ojos”, en *Communications* 38. Enonciation et cinéma, Seuil, Paris, 1983, publicado en castellano en Cuadernillo de Semiótica de los Medios II – Unidad IV
- Chion Michel (1992). “El punto de escucha” en *Cahiers du cinema*, París.
- Clifford James (1988). “Sobre la autoridad etnográfica”, en *Dilemas de la cultura. Antropología, literatura y arte desde la perspectiva posmoderna*, México: Editorial Gedisa.
- Comparato Doc (1997). “La serie dramática”, en *Taller de escritura para televisión*, Barcelona: Gedisa.
- Costa Antonio (1988). *Saber ver el cine*. Ediciones Paidós. Barcelona.
- Documental “Borrando a papá”. www.youtube.com/watch?v=TmyAkAGj2Bg
- Doelker Christian (1982). “Apuntes sobre el documental-3”, en “*La realidad manipulada*”, Editorial Gustavo Gili. Madrid.
- Guerriero Leila (2012). *Los suicidas del fin del mundo*, Buenos Aires: Tusquets editores.
- Guerriero, Leila (2011). *Frutos extraños. Crónicas reunidas 2001-2008*, Colombia: Editorial Aguilar.

Jost Francisco (1987). "El ojo- cámara", artículo para la Universidad de Lyon. Traducción María Rosa Del Coto. Ficha de cátedra. Semiótica de los medios.

Moreno María (2005). "Escritores crónicos", en Revista *Radar/Domingo*, 07 de Agosto de 2005 (nota de tapa).

Moreno, María (2010). "Actuar la vaca. Una conversación sobre la crónica con Martín Caparrós". En Revista *Otra Parte*. www.revistaotraparte.com

Murakami Haruki (2013), "Un ovni aterriza en Kushiro", en *Después del terremoto*, Tusquets. Buenos Aires.

Pampillo Gloria (2004). "Capítulo 6: Narración y experiencia humana", en *Una araña en el zapato*, Buenos Aires: Libros de la Araucaria.

Raymunde Carolina (2011). En *La Argentina crónica. Historias reales de un país al límite*, Maximiliano Tomás. Buenos Aires: Planeta.

Tzvetan Todorov (1982), "Las categorías del relato", en *Análisis estructural del relato*, Barcelona: Ediciones Buenos Aires.

Verón Eliseo (1985). "El análisis del contrato de lectura", en "*Les medias: experiences, recherches actuelles, applications*", París: IREP.

Verón Eliseo (2004). *Fragments de un tejido*, Barcelona: Gedisa.

Villanueva Chang Julio (2005). "*Un día con Julio Villanueva Chang*". Cap. "El que enciende la luz. Apuntes sobre el malentendido oficio de un cronista". Asociación de la Prensa de Aragón. Congreso Nacional de Periodismo Digital.

Villoro Juan (2013). "Creo que un texto funcionó si, al releerlo, siento que no es mío", en Diario *Tiempo Argentino*. 30 de junio de 2013.

Viola Liliana (2010). "Crónica de colección", en *Página 12*. 13 de agosto 2010

Páginas web consultadas

www.genteba.com.ar

www.noticiasdiaxdia.com.ar

www.habbo.es

Antologías de crónicas no ficcionales

Alarcón Christian (2015). *Anfibia. Crónicas y ensayos /I*, Buenos Aires: UNSAM.

Carrión Jorge (2012). *Mejor que ficción. Crónicas ejemplares*, Barcelona: Anagrama.

Jaramillo Agudelo Darío (2012). *Antología de crónica latinoamericana actual*. Colombia: Alfaguara.

Tomás Maximiliano (2011). *La Argentina crónica. Historias reales de un país al límite*, Buenos Aires: Planeta.

Agradecimientos

A Raquel, por mostrarme su mundo de medicamentos, el dorso.

A la gente de Batoco, por recibirme sin previo aviso.

A Santiago, por recibirme un sábado a la mañana con los ojos pegados por el sueño.

A José Bouza, de Apadeshi, por asistir a la entrevista sin miedo.

A Roxana, la madre digital, por contarme su más profunda historia.

A Fernanda Aren, por iluminar con dulzura mis pasos.

A la UBA, por existir en este amplio y vasto territorio.

A mis amigos, familia, amor. Por acompañarme en estos doce años de estudio, dedicación y berrinche.